



Lou CARRIGAN

¿ERES ESPIA?





eb

LOU CARRIGAN

¿ERES ESPÍA?

Colección LA HUELLA n.º 112
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 40.163 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: diciembre, 1976

Lou Carrigan - 1969

Cubierta: Salvador Fabà

**Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974**

CAPÍTULO PRIMERO

La avioneta tomó tierra en aquel ancho claro de la selva, y un hombre saltó inmediatamente de ella, dejando el motor en marcha. Miró con expresión sobresaltada a su alrededor, ya pistola en mano... Pero su nerviosismo se calmó considerablemente cuando vio aparecer a los tres hombres al borde del bosque, corriendo hacia él, agitando los brazos y gritándole, en inglés, que volviera inmediatamente al aparato.

Así lo hizo Joao Limoes, dejando abierta la puerta del aparato. Estaba sentándose ante los mandos cuando vio aparecer, por otro punto del lindero del bosque, no menos de cincuenta hombres, todos ellos asiáticos, uniformados, agitando sus fusiles. Corrían también hacia el aparato, convergiendo con los tres americanos.

Sólo que éstos llevaban una buena ventaja, y llegaron junto a la avioneta cuando el más cercano de los norvietnamitas estaba por lo menos a doscientas yardas. Los vio echarse los fusiles al hombro, disparar...

Las balas repicaron con fuerza en el fuselaje de la pequeña avioneta.

—¡Arriba! —le gritó uno de los americanos, apareciendo tras él —. ¡Vamos, arriba ya...!

La avioneta comenzó a deslizarse, rebotando en el desigual terreno, girando, volviendo la cola a los soldados del Vietcong que se acercaban nuevamente, sin dejar de disparar. Al fondo del grupo, tres de ellos se habían detenido, plantando rápidamente una ametralladora. Pero Joao Limoes conocía aquella avioneta mejor que a sí mismo y la elevó inmediatamente, con un peligroso bandazo que hizo rodar por el piso del aparato a los americanos, en confuso montón, debido al reducido espacio. Y mientras se elevaba,

la pequeña avioneta iba girando, alejándose cada vez más del grupo de soldados norvietnamitas.

Uno de los americanos se había incorporado rápidamente y estaba mirando hacia abajo y atrás.

—¡Arriba, arriba, arriba...! —gritó—. ¡Han empezado a dispararnos con la ametralladora...!

Joao tiraba más y más del volante, obligando al aparato a subir poco menos que verticalmente. Debajo de ellos, los asiáticos iban perdiendo tamaño. A lo lejos, se veía el largo fogonazo de la ametralladora... que ya no podría hacerles el menor daño.

—¡Fiuuuu...! —suspiró uno de los americanos—. ¡A esto le llamo yo escapar por los pelos!

—¿Tiene cigarrillos? —preguntó otro.

Limoos sonrió, sacó su paquete con la mano izquierda y lo tendió hacia atrás. Se lo arrancaron de la mano y, antes de que se lo pidiesen, hacía lo mismo con su encendedor. Lo oyó chascar, junto a él, y poco después el humo iba hacia el frente de la carlinga. Hubo unos segundos de silencio.

Luego, la voz de uno de los americanos, ahora sosegada, tranquila, aliviada:

—Bien... Parece que lo hemos conseguido.

—Gracias a nuestro amigo. —Joao notó una mano en su hombro derecho—. Fue usted muy oportuno al aterrizar más cerca de nosotros que de esos tipos, muchacho.

—Casualidad —confesó Joao.

—Casualidad o no, lo hizo. Ellos sabían que estábamos por aquí, y sólo esperaban que apareciéramos para correr hacia la avioneta. ¿Cómo se llama usted?

—Joao Limoes.

—Okay... Pues, amigo Joao, se ha ganado usted el agradecimiento personal de tres americanos. Y digamos que, al mismo tiempo, el del FBI y la CIA.

—*Muito obrigado* —sonrió Joao.

—¡Más obligados estamos nosotros! —rió un americano.

Rieron los cuatro. Uno de los americanos señaló hacia delante.

—¿A qué velocidad corre este cacharro, Joao?

—Llegaremos a Macao en poco más de dos horas —tranquilizó el portugués—. Allá les está esperando su enlace central. Supongo

que ya debe estar preparándolo todo para su regreso a Estados Unidos.

—Ésa es una mala noticia... para los norvietnamitas.

Volvieron a reír. Joao les echó un rápido vistazo. Estaban barbudos, con aspecto fatigado, desgarradas las ropas. No debía haber sido fácil huir hacia la frontera de Vietnam del Norte y China después de haber cumplido su misión. Les habían cortado el camino hacia el sur, los habían empujado hacia China... Pero, como en otras ocasiones, los americanos habían conseguido el milagro: comunicarse con alguien que los sacase del apuro. En esta ocasión, el encargado de ayudarles había sido el hombre residente en Macao, enviando a Joao Limoes y su avioneta a recoger a tres americanos en el punto

CH-V-LO.

078. Tener bien montada una red de espionaje es muy conveniente... y saludable.

—Pueden dormir un par de horas —sugirió Joao—. Les avisaré cuando estemos llegando.

—Este muchacho está lleno de buenas ideas —aprobó uno de los americanos—. En cuanto acabe este cigarrillo, voy a quedarme como un tronco.

Y lo cumplió. Tres minutos más tarde, los americanos dormían, tirados en el reducido espacio de la cabina.

* * *

—¡Eh! ¡Despierten!

Se sentaron los tres a la vez, sacando sus pistolas. Una mirada brevemente desconcertada y, en el acto, consciencia plena de la realidad.

—¿Estamos llegando, Joao?

—Estamos casi en Macao. Pero han salido a recibirnos... ¡Nos van a acribillar!

—¿Cómo...?

Se pusieron los tres en pie, mirando a través de la carlinga. Vieron la pequeña avioneta deportiva, de movimientos ligeros, de una facilidad de maniobra que los escalofrió. Estaba subiendo, buscando la cola del aparato de Joao Limoes.

—Nos derribarán —aceptó filosóficamente el portugués—. Ojalá

sea un piloto deportista, pero no lo creo. Nos estaban esperando... y no tardarán en echársenos encima.

—No creo que disparen —musitó uno de los americanos—. Les interesa lo que nosotros tenemos. Si nos estrellan, jamás lo conseguirán.

—¿Para qué lo quieren, Conrad? —Gruñó otro—. Lo que les interesa es quitárnoslo, que no llegue a Washington. Lo mismo les da que se queme o que se destruya de cualquier otro modo...

—Lo tenemos detrás —advirtió Joao—. Es mejor que se tiren con paracaídas. Y procuren retardar mucho el momento de abrirlo. Será el único modo de salvar la vida, aunque no el aparato... Le pasaré la factura a la CIA, desde luego.

—Buena idea —sonrió un americano—. Saltemos los cuatro a la vez...

—Les sigo en seguida. Salten ustedes.

Los espías americanos se colocaron rápidamente los paracaídas. Estaban ayudando al último de ellos a sujetarse bien los atalajes cuando la avioneta vibró fuertemente, se estremeció, dio un fuerte bandazo de lado que otra vez los revolcó a los tres. En una de las alas apareció un humo negro, que pareció una raya sin fin en el cielo rojo del ocaso. El rápido ocaso del trópico, que llevaba en pocos minutos del día a la noche.

Joao consiguió enderezar la avioneta, mientras la otra pasaba por encima de ellos con fuerte silbido, ya ladeándose para volver a la carga.

—¡Salten ahora!

—No sea terco, Joao. Salte con nosotros. Ya tiene el paracaídas puesto. Sólo tiene que dejar los mandos...

—Les sigo en seguida. Salten.

—Okay, Joao. Hasta luego.

El avión perdió la estabilidad cuando la puerta lateral fue abierta. Se oyó el fuerte silbido del viento. El otro aparato había terminado ya su vuelta y regresaba, dispuesto a disparar nuevamente con su pequeña ametralladora camuflada. Era una bonita avioneta deportiva, pintada de amarillo y negro.

Los tres americanos se lanzaron sucesivamente al vacío, desde no menos de tres mil pies. Si lo hacían bien, si tardaban en abrir los paracaídas, todavía podrían llegar a Macao.

La avioneta amarilla y negra se lanzaba ahora de trente y por encima contra el aparato de Joao, que se elevó y se desvió hacia la derecha de pronto, ladeando su avioneta de tal modo que pudo mirar hacia abajo. Vio los blancos paracaídas, abiertos, ya muy cerca de tierra, por encima del espeso bosque. Los americanos lo habían hecho bien.

Ahora le tocaba a él.

La otra avioneta había pasado por encima, disparando, pero sin acertarle debido a la hábil pero peligrosa maniobra del portugués. Éste enderezó el aparato, se acercó a la puerta y saltó sin vacilar ni un instante. Pareció que la fortuna estuviese de su lado, pues en aquel mismo momento el ala humeante se partía y el aparato, tras un violento giro, se precipitaba hacia la selva cerca de Macao, en un veloz y silbante tirabuzón.

También Joao Limoes tardó en abrir su paracaídas. Notó el fortísimo tirón y sonrió al comprender que todo iba bien... Pero su sonrisa quedó congelada en el rostro cuando vio a la otra avioneta dirigirse hacia él a una velocidad aterradora. Lo primero que le hizo comprender la realidad fue las cortas llamas rojizas que brotaban de su morro, por debajo de la cabina.

—No... —musitó—. No...

Notó en todo su cuerpo los impactos de las balas. Pero apenas fue una milésima de segundo de dolor. Apenas eso.

Luego, el cadáver ensangrentado de Joao Limoes fue descendiendo cada vez más rápidamente, suspendido trágicamente del agujereado paracaídas.

La noche llegaría muy pronto.

CAPÍTULO II

Clarence Hadaway, inspector especial del FBI, afecto únicamente a las órdenes directas de John Edgar Hoover, alzó la cabeza y sonrió con aquella parquedad suya al hombre que entraba tan abruptamente en su despacho privado en la central del FBI en Washington.

—Hola, Mike.

—Contratamientos, Clarence. Me refiero a nuestros dos hombres, que recibieron petición de ayuda de un agente de la CIA en...

—Ya sé todo eso. ¿No hizo bien las cosas nuestro hombre de Macao?

—Sí. Acaba de llegar un mensaje suyo. Envío a un portugués llamado Joao Limoes a recoger a nuestros hombres y al de la CIA en la frontera china. Lo consiguió. Pero cuando estaban ya casi volando por encima de Macao, los derribaron.

El rostro de Clarence Hadaway se crispó ligeramente.

—¿Han muerto?

—El portugués, sí. Tony Grauman lo vio caer muerto, acribillado mientras descendía en paracaídas. El agente de la CIA está bien. Y Tony, también. Pero nuestro Robert Sand se enganchó en un árbol al descender y tuvieron que bajarlo. Tiene la pierna izquierda desgarrada en varios puntos. No podrá caminar en bastante tiempo, y está enfebrecido.

—Pero ¿están a salvo los tres?

—¿A salvo? Bueno... Digamos que de momento están vivos. Nuestro hombre de Macao se los arregló para recogerlos, y los tiene ocultos en un lugar de allá. Pero dice que no se atreve a mover de ese escondite a los tres americanos. Está convencido de que los tienen acorralados. No localizados exactamente, pero sí acorralados.

En cuanto saliesen de su escondrijo, los descubrirían... Dice que alguien sabía lo de la avioneta, y que estaban esperando a Joao Limoes y a nuestros hombres.

—¿Una traición?

—Evidentemente.

—¿Se sabe ya lo que consiguió el agente de la CIA que pidió ayuda a los nuestros en Hanoi?

—No. Un microfilm, desde luego. Una película muy interesante, según parece. Tanto, que están dispuestos por todos los medios a impedir que llegue a Washington. Harán lo imposible para que esos tres hombres no salgan de Macao, ni vivos ni muertos. Quieren recuperar la película. Nuestro hombre de Macao asegura que en esta ocasión los enemigos pertenecen al contraespionaje chino. Y nos pregunta cómo podremos sacar a esos tres hombres de Macao. Él no se atreve, no acepta esa responsabilidad de tres vidas y un microfilm valioso. Además, como es lógico, ya no se fía de nadie tras la evidente traición. Excepto dos o tres de sus mejores elementos, ha dejado congelados a los demás.

—Entiendo. Bueno, parece que So Min, ese viejo chino colaborador nuestro, está en apuros. Un traidor en su grupo y tres americanos que no sabe cómo sacar de Macao... Y un microfilm muy valioso. Supongo que todo esto requiere una ayuda especial para So Min.

—Hablas como si estuvieses pensando en ir tú mismo allá, Clarence.

—Así es. Esto requiere un hombre... especial. Y sabes que no lo digo por jactancia. Emmm... Sin embargo, veamos si antes podemos arreglarlo de otro modo. Veamos cómo tenemos el plano de agentes móviles en el Lejano Oriente.

Se levantó y fue hacia una de las tres puertas que daban a su despacho. La abrió, dejó pasar a Mike y señaló una de las paredes de aquel cuarto contiguo a su despacho, en el que se veía un enorme mapa de Asia ocupando todo el paño.

Un hombre joven, en mangas de camisa, se puso en pie inmediatamente, pero Hadaway ni siquiera le dio tiempo a hablar.

—Sigue con tu trabajo, Tommy. Me las arreglaré solo.

—Sí, señor.

Se acercaron los dos al mapa. En más de cien puntos de éste se

veían clavados unos alfileres finísimos, pero cuya cabeza de plástico era grande como un centavo, de color rojo, con unos números en negro en su superficie.

Clarence señaló una, cuyo número era el 5671.

—¡Bien! —sonrió—. Tenemos a un buen muchacho en Hong-Kong,
Mike.

—Cinco mil seiscientos setenta y uno. Miraré en el archivo a quién corresponde...

—No te molestes. Es Samuel.

—¿Samuel Korvin? —se animó la expresión de Mike.

—Eso alegra un poco el espíritu, ¿no es cierto?

—Pues sí... ¿Estás seguro de que ese número es el suyo? Bueno, olvida esta pregunta tonta. Es absurdo preguntarle a un hombre que habla quince idiomas y dirige el espionaje y contraespionaje internacional del FBI, si se acuerda de uno de sus mejores hombres. De acuerdo, es Samuel Korvin. ¿Y...?

—¿Tenemos todavía contacto con So Min en Macao o ha tenido que ocultarse...?

—Estamos en contacto.

—Estupendo. Tommy, ¿terminó Samuel su trabajo en Hong-Kong?

—Un momento, señor.

El secretario privado de Hadaway fue a una gran computadora y metió una ficha en una ranura. La ficha salió diez segundos más tarde, perforada tras los manejos de Tommy en el teclado. Introdujo esa ficha en otra máquina idéntica a simple vista, y la recogió apenas cinco segundos más tarde. Estuvo estudiando durante unos segundos el perforado de la cartulina, antes de informar:

—Samuel Korvin saldrá a las cinco de la tarde, hora de Hong-Kong,
hacia aquí. Último punto: Great Pearl Hotel.

—Gracias, Tommy. —Hadaway consultó su reloj, calculando con el ceño fruncido el sistema horario internacional—. De acuerdo, llámalo ahora mismo —señaló el teléfono— a ese hotel. Tenemos tiempo de sobra para impedirle tomar ese vuelo. Tú, Mike, ve a comunicar a So Min que deberá ponerse en contacto con el agente cinco mil seiscientos setenta y uno, Samuel Korvin. El número será

la clave para identificación. Yo hablaré con Samuel.

* * *

Samuel Korvin estaba contemplando desde la ventana de su cuarto del hotel la bahía de

Hong-Kong,

siempre atestada de toda clase de embarcaciones. Se veía abajo, al fondo, brillando con colores de sucio tornasol, aceite, petróleo, grasas, inmundicias... No era un lugar muy limpio, pero tenía ese encanto de Oriente que nada puede alterar. Ni siquiera los enormes edificios blancos que se extendían por los diversos escalones del Pico Victoria, formando hermosas terrazas que parecen jardines sobre la bahía.

Y contemplaba

Hong-Kong

con el ceño fruncido. No le había gustado su trabajo allí... Desde luego, había triunfado, como siempre. Pero a veces se preguntaba si aquellas sucias maniobras del espionaje estaban justificadas. No debería preguntarse a sí mismo esas cosas, ya que había sido entrenado especialmente para hacerlas. Pero a veces..., a veces no es agradable ser espía. Sobre todo, cuando el personaje (en este caso él mismo) hace el papel de villano. Bien..., así es el espionaje.

Sobre la cama se veía la maleta, todavía a medio llenar. Y su chaqueta deportiva, que formaría conjunto con los pantalones grises y el negro jersey de hilo, de cuello alto, muy ligero y fresco. En Japón se decía que la corbata se suprimiría muy pronto en el atuendo masculino, pero Samuel Korvin era de los que siempre se anticipan. Le fastidiaba la corbata, quizá porque sabía que con un jersey oscuro, sus anchos hombros, su rostro bronceado y sus ojos grises, estaba más atractivo...

El timbrado del teléfono le distrajo. Se volvió, lo contempló con el ceño fruncido y, por fin, se decidió a descolgarlo.

—¿Sí?

—Señor Korvin, una llamada desde Washington para usted.

—Póngame inmediatamente... ¿Hola?

—¿Cómo estás, Samuel? —preguntó la voz desde el otro lado del cable.

—Clarence...

—En efecto. Tu viejo amigo y jefe de negocios, Clarence Hadaway... Entiendo que has solucionado ese asunto tan conveniente en

Hong-Kong,

Samuel.

—Sí... Todo arreglado. Mi avión sale dentro de dos horas...

—No, no... No lo tomarás. Cambia el billete para... otra fecha. Déjalo en suspensión. Tendrás que ir a Macao.

—Ya... ¿Otro negocio?

—Por supuesto. Parece ser que tres objetos artísticos de mucho valor han sido sacados de China y están ahora en Macao. Quiero que los compres y los traigas. Podemos hacer un gran negocio con ellos, aunque sólo fuese filmándolos y exhibiendo la película.

—Entiendo —musitó Korvin—. Sí, entiendo muy bien. ¿Qué precio puedo pagar por ellos?

—Sin límite. Tienes que conseguirlos, y traerlos a casa sanos y salvos. Procura que no se te rompa ninguno de ellos, Samuel... Aunque tengo entendido que uno de esos objetos artísticos está algo deteriorado. Es natural, después de estar dando tumbos por China. Parece ser que primero entraron en Vietcong, volvieron a salir, y, claro, tantos viajes han dado lugar a que uno de ellos se estropee un poco. Pero, a menos que se rompa completamente, cómpralo. Los tres, Samuel.

—Lo entiendo muy bien, Clarence. ¿Quién es el vendedor, en Macao?

—Un chino llamado So Min. Sostenemos contacto comercial con él desde hace tiempo, ¿comprendes?

—Desde luego. ¿Es de confianza? ¿No me engañará?

—Dudo que él lo haga. Sabe que le conviene estar a bien con comerciantes americanos, pues siempre tiene algo que vender y somos los que mejor pagamos. Sin embargo, quizá haya algún competidor que haga lo posible por impedirle esa compra. Y no me extrañaría nada que algún empleado de So Min se dejase sobornar. Parece que ya ha ocurrido algo así en este negocio.

—Entiendo —se endureció el rostro de Korvin—. ¿Qué hago con ese personaje insidioso?

—Estoy seguro de que lo eliminarás definitivamente de las subastas que organiza So Min. Se lo merece, dale una buena lección,

Samuel. Si se ha dejado sobornar una vez, lo hará otras, ¿no te parece?

—Sin duda. Procuraré demostrarle que no le interesa competir con los americanos en negocios de compra de objetos artísticos. ¿Has dicho eso, no es así?

—Pero uno un poco desportillado, según noticias. Cerámica fina, Samuel, muy estimada en nuestra central.

—Entiendo, entiendo. ¿Dónde tengo que encontrar a ese So Min, en Macao?

—Sería... complicado. Es mejor que esperes en el hotel la visita de él, o de un enviado suyo. No creo que tarden mucho en pasar a recogerte... Ah, Samuel, para evitar que nuestros competidores pudiesen hacer uno de sus trucos comerciales, So Min ha sido informado de tu número clave en nuestra Central de Compras Orientales. Ya sabes lo que ocurrió con Johnny hace cuatro meses. Fueron a buscarlo al hotel, resultó que eran los competidores, lo tuvieron un par de días en una linda casita dándole largas al asunto, y cuando quiso darse cuenta, el negocio ya lo habían hecho otros.

—Recuerdo a Johnny —volvió a endurecerse el rostro de Korvin—. Estaré vigilante, Clarence. Los negocios son los negocios... Me pregunto por qué gustan tanto los objetos chinos en Estados Unidos.

—Bueno —rió Clarence—, mientras haya americanos que los paguen, nosotros seguiremos comprando.

—Claro. ¿Algo más?

—Buena suerte en la subasta.

—Gracias.

—Hasta la vista, Samuel.

—Adiós, Clarence.

Colgó y quedó pensativo. Naturalmente, si alguien había escuchado por cualquier motivo aquella conversación, debía estar pensando en aquel momento que los americanos siempre quieren ganar..., incluso en los negocios.

Pero, para el agente especial del FBI Samuel Korvin, todo tenía un significado muy diferente. Un significado que indicaba que tras acabar un trabajo, tenía que empalmarlo o poco menos con otro, esta vez en Macao. Y, desde luego, no tenía nada que ver con objetos chinos.

Muy bien: esperaría a So Min o su enviado.

CAPÍTULO III

Estaba tomando una pulgada de *whisky* con cuatro de soda, en el bar del hotel, cuando, casi a las seis de la tarde, vio entrar a la muchacha, acompañada del conserje. Éste señaló hacia él, la muchacha le agradeció el informe con una sonrisa y se acercó a Korvin, resuelta.

De mediana estatura, rubia, ojos claros, boquita redonda y llena, cuerpo espléndido. Vestía bien, con discreción. Sus piernas se veían formidables sobre los altos tacones. Debía tener unos veinticinco años y parecía simpática.

—¿Señor Korvin? —sonrió.

Samuel se puso en pie y señaló a su lado el asiento tapizado en rojo y blanco. Había ya bastante gente en el bar, de todas las razas, pero predominando los chinos.

—En efecto. ¿Quiere sentarse?

—Gracias.

Ella se sentó y se quedó mirándolo, siempre sonriente, pero con un destello un tanto frío y duro en sus bonitos ojos claros. Un destello de alerta, de vigilancia.

—¿Quiere tomar algo? —propuso Korvin.

Ella miró su relojito y asintió con la cabeza.

—Sí... El ferryboat no sale hasta las siete y media, de manera que tiene usted tiempo, señor Korvin.

—¿Yo... o usted?

—Es usted quien tendrá que tomar el ferryboat, no yo. Hacia Macao, señor Korvin.

—¿Hacia Macao?

—Me pareció que podría interesarle ese viaje. Por supuesto, si no es así, lo dejaremos correr. Cada uno tiene siempre sus razones

para hacer las cosas. ¿No querrá ir a Macao?

Samuel Korvin sonrió secamente.

—Tengo cinco mil seiscientos setenta y una razones para aceptar ese viaje, señorita...

—Señora Penbroke... —suspiró ella, evidentemente aliviada—. Encantada de conocerlo, señor Korvin. Me envía So Min.

—El comerciante en objetos chinos —sonrió Samuel—. Espero que no haya ocurrido nada serio que le haya impedido a él venir personalmente a Hong-Kong.

—Oh, sí... Sí ha venido. Pero no ha creído prudente acercarse a este hotel. Usted y él se encontrarán en el ferryboat.

—Mmm... Bueno, yo no conozco a So Min, ni creo que él me conozca a mí, de modo que...

—Usted llegará conmigo al barco, señor Korvin. Eso bastará a So Min para saber que usted es el agente cinco mil seiscientos setenta y uno. En cuanto a él, lo reconocerá inmediatamente. Es un chino de unos cincuenta y cinco o sesenta años, vestido a la europea, bigote y cabellos casi completamente blancos. Muy pequeño.

—Hay millones de chinos aquí.

—Pero no en el *ferry* Hong-Kong-Macao. Tampoco creo que esos millones de chinos —sonrió— lleven un paraguas de tela marrón, fabricado en Japón... ¿Sabrá distinguir ese paraguas?

—Mejor que a un chino —sonrió también Samuel—. De acuerdo, eso está arreglado... —El camarero chino se acercó, Samuel miró interrogante a la mujer, ella pidió también *whisky* con soda, y de nuevo quedaron solos en la mesita—. Ahora, dígame quién es usted, si me hace el favor.

—Amiga de So Min.

—Eso se supone. ¿Y su esposo? ¿Sabe él que usted se dedica a estas cosas? Aunque es de suponer que también él...

—Mi esposo murió, señor Korvin. Fue acribillado cerca de la frontera china... Sólo que al otro lado de esa frontera.

—Lo lamento. Creo que comprendo ahora los motivos por los que usted se mezcla en estas cosas tan... peligrosas.

Ella encogió los hombros.

—Todo es peligroso en esta vida. Supongo que ha recibido usted instrucciones concretas de sus superiores, señor Korvin.

—¿Concretas? Casi nunca tengo esa suerte. Simplemente, me han dicho que tengo que sacar de Macao a tres americanos, uno de los cuales, si no he interpretado mal, está herido.

—Así es. En una pierna. Eso dice So Min. Pero... Perdona que insista, señor Korvin. Si usted no tiene nada preparado..., ¿cómo espera sacar a tres americanos de un cepo como Macao?

—Siempre han confiado en mi facilidad para improvisar... cualquier cosa. Los sacaremos, señora Penbroke, no se preocupe. Por cierto, ¿dónde están ellos?

El camarero trajo el *whisky* con soda para ella, que bebió un sorbito, frunció el ceño y susurró:

—So Min no se fía de mí. Ni de nadie, en realidad, señor Korvin. ¿Está usted enterado de que hubo una traición en la recogida de esos tres hombres?

—Sí. Pero si So Min confía en usted para enviarla a mí, creo que debería confiar para otras cosas, ¿no?

—Son puntos de vista. Ese viejo chino es muy astuto —sonrió de nuevo ella—. Y aun siéndolo, le han engañado una vez... ¿Por qué ha de arriesgarse?

—Es una estupenda medida de prudencia. Si él no sabe guardar el secreto, ¿cómo puede confiar en que lo guarden otros?

—Así están las cosas. Si quiere saber dónde están esos tres americanos, tendrá que preguntárselo a So Min. Están en Macao, desde luego. Pero Macao es una ciudad... enrevesada. Como otras muchas. Hong-Kong, por ejemplo. Encontrar allí a tres hombres, aunque sean americanos, no es cosa fácil. Tampoco es fácil salir de Macao sin una buena ayuda... y sabiendo que el cerco está tendido.

—Está bien. ¿Nos volveremos a ver usted y yo, señora Penbroke?

Ella se quedó mirándolo fijamente.

—Mi nombre es Alice —musitó—. Le agradecería que me llamase de este modo, señor Korvin.

—¿No le gustan los viejos recuerdos?

—No —se ensombreció el rostro de ella.

—De acuerdo. Ah, mi nombre es Samuel.

Se quedaron mirándose, sonrientes. Alice bajó de pronto los ojos, cogió el highball y bebió otro sorbito. Samuel carraspeó ligeramente y miró su reloj.

—Me gusta llegar a tiempo a todos los sitios, Alice. Si no le importa quedarse sola unos minutos, recogeré mi maleta y pagaré la cuenta del hotel... Con su permiso.

* * *

El ferryboat estaba esperando en el embarcadero, con vistas directas a Kowloon, al otro lado del estrecho canal. Kowloon, ya en el continente asiático, era como un trozo especial de tierra manchada de luces azules. Preferentemente, el viaje Hong-Kong-Macao lo emprendían mujeres, casi todas ellas con grandes cestas. También se veían muchos chinos, bien vestidos, que querían aparentar una prosperidad un tanto difícil de creer. Tres portugueses reían la broma de uno de ellos respecto a Hong-Kong.

Sin duda, consideraban la gran ciudad cosmopolita como algo que no podía compararse a Macau. Macau, no Macao. Los tres llevaban trajes blancos y sombrero del mismo color. Tenían un aire festivo y burlón...

A la izquierda se veían los variopintos sampanes de los chinos residentes en

Hong-Kong.

Olían a pescado y a sucio. En un punto estratégico del embarcadero se veían dos hombres de la Policía colonial británica. Chinos, naturalmente. Tanto ellos como el oficial inglés que se veía un poco más atrás, llevaban pantalones cortos.

—Eso es algo que siempre me ha divertido de los británicos —comentó Samuel Korvin—. Se pongan lo que se pongan, están la mar de tranquilos y seguros de sí. Yo me vería ridículo con un pantalón corto y blanco.

—Usted no es inglés —musitó Alice Penbroke—. ¿Lo recuerda todo bien, Samuel?

—Mi memoria es algo fabulosa, no se preocupe. Espero que la de So Min también lo sea, y haya recordado que tenemos que vernos en ese barco.

—So Min nunca olvida nada. Le deseo buena suerte, Samuel. A usted y a los otros tres americanos.

—Muchas gracias. ¿Qué hará usted en Hong-Kong,

ahora?

—No voy a quedarme en

Hong-Kong

—sonrió ella.

—¿No? ¿Regresa a casa?

—¿A Estados Unidos? No... Todavía no. Creo que volveré a Macao. Quizá nos veamos allí.

—Ojalá —musitó Samuel, tendiendo su diestra—. Ha sido muy grato conocerla, Alice.

—Lo mismo digo, Samuel. Y también le digo que...

Se quedó callada, como entristecida, reteniendo la mano de Samuel Korvin. El agente del FBI ni siquiera se dio cuenta de que estaba sonriendo suavemente, cosa que quizá había sucedido tres o cuatro veces en toda su vida desde que ingresara en el organismo americano.

—¿Qué...? —susurró.

—Quisiera que... tuviese cuidado, Samuel.

Ella soltó su mano, por fin. Korvin estuvo mirándola en silencio, no menos de medio minuto. Alice estaba un poco nerviosa, quizá un poco pálida, incluso. Pero, de pronto, alzó la vista, y el

«g-man»

vio los claros ojos más brillantes que nunca, debido a las dos lágrimas que parecían a punto de brotar.

—Tendré cuidado... Alice, ¿está recordando a su marido?

Ella movió negativamente la cabeza.

—Aquello sucedió hace casi cuatro años, Samuel. Es... mucho tiempo... Quiero decir que es mucho tiempo para los vivos. Para los muertos, el tiempo... no cuenta. Para los vivos, sí. Nos queda un grato recuerdo, una tristeza, quizá. O una pena por la muerte violenta... No lo sé bien. Pero olvidamos... muchas cosas.

De nuevo estuvo Samuel Korvin mirando fijamente, en silencio, a la muchacha. Alzó su maleta del suelo, dispuesto a dirigirse hacia el *ferry* que le llevaría a Macao en poco más de tres horas.

—Hasta la vista, Alice.

Fue hacia la ancha pasarela que desde el embarcadero llevaba al ferryboat. Pero no dio ni siquiera media docena de pasos. Volvió bruscamente junto a la muchacha, le alzó la barbilla con una mano y puso sus labios en los de ella, suavemente. Alice Penbroke se

estremeció fuertemente un instante. Luego quedó inmóvil, recibiendo con un suspiro contenido el beso del hombre del FBI.

Cuando Samuel dejó de besarla, ella le miró, con los ojos ya plenos de lágrimas, pero sonrió.

—Hasta la vista, Samuel.

El

«g-man»

se tocó la sien con dos dedos. Reanudó su marcha hacia el *ferry*, y esta vez lo abordó.

Cuando el barco se separaba del embarcadero, el agente del FBI miró hacia allí. Alice seguía en el mismo sitio, mirando hacia él, sin moverse. Ni siquiera contestó al leve saludo que el

«g-man»

hizo con una mano. Y esto era algo que Samuel Korvin podía comprender muy bien. Algunas personas han recibido tantos golpes que deciden no volver a amar jamás a nadie. ¿Para qué..., si cualquier día la persona amada puede aparecer degollada en cualquier sucio rincón de un sucio puerto asiático... o una frontera china?

El agente del FBI se sentó en uno de los bancos cercanos a la borda de estribor; si sus brazos hubiesen sido el triple de largos, habría podido tocar el agua. Actitud poco apetecible, teniendo en cuenta lo sucia que estaba... Tres barcas se cruzaron con el *ferry*, llenando éste, por unos segundos, de un casi agradable olor a pescado fresco. Poco después, tres lanchitas de remo, servidas por muchachas chinas, se cruzaban también con el gran barco. Eran los taxis acuáticos de

Hong-Kong

a Kowloon...

Samuel Korvin encendió un cigarrillo. Y mientras lo hacía echó un vistazo a su alrededor, buscando a So Min. Su memoria, en efecto, era muy buena. Un chino de unos cincuenta y cinco o sesenta años, cabellos y bigote blancos, con un paraguas marrón de factura japonesa. Sería de lo más fácil identificarlo.

Pero no desde el sitio que había ocupado. De modo que alzó su maleta y se trasladó más hacia la proa del *ferry*. Se sentó ahora cerca de una mujer china, muy joven, que le sonrió, le mostró el niño que llevaba en brazos y dijo algo, en chino. Samuel sonrió, le

dijo, también en chino, que, efectivamente, el niño era una preciosidad, y se sentó, con el cigarrillo entre los labios.

Tres segundos más tarde veía a So Min. Viajaba muy cerca de la proa, inescrutable el simpático rostro astuto e inocente a la vez. Cosas de chinos. Aquel tipo, naturalmente, debía ser un astuto espía que trabajaba para el FBI. Sin embargo, su aspecto era el de un tranquilo y bonachón mercader, que llevaba gallos en una cesta. Parecían gallos de pelea.

Samuel aplastó el cigarrillo con un pie y se disponía a levantarse para acercarse a So Min y sentarse a su lado, cuando vio a la chinita. Era muy joven. Muy, muy joven. Para él, que conocía a los chinos y su idioma, fue fácil calcular la edad de la chinita. Quizá dieciocho años. Eso, como máximo. Tenía la carita de porcelana, los ojos muy brillantes, inteligentes, la expresión ingenua, dócil... Toda la estampa de esas chinitas que en las novelas se enamoran del marino americano y luego pasan mil calamidades por él. Más bien menuda, muy delicada, preciosa en verdad. Un cuerpo fino, suave, tan bello y tierno que casi hizo sonreír a Samuel Korvin. En Estados Unidos, a una muchacha de aquella edad, de aquella dulce belleza, la habría llamado *baby* y la habría invitado a limonada, o algo parecido.

Pero en China, por mucho que digan, las cosas son diferentes. Aquella *baby* amarilla de dieciocho años, quizá era más mujer y sabía más cosas que una madre norteamericana de treinta años. Era... demasiado bonita, demasiado dulce y hermosa...

Demasiado.

Pero no fue su dulce belleza lo que llamó la atención de Samuel, sino la mirada que la chinita estaba dirigiendo a So Min. Una mirada... maligna, dura y fría. Ella estaba un poco más retrasada, a la izquierda del chino del blanco bigote y paraguas de factura japonesa.

Una mirada tan especial, que Samuel Korvin no se movió de su asiento. So Min tendría que esperar. Por lo menos, hasta que él hubiese estudiado detenidamente a la muchacha.

* * *

Se veían ya las luces de Macao. En menos de diez minutos, el ferryboat atracaría en el embarcadero especial para aquellos cortos

viajes.

La chinita parecía un poco desconcertada, pero aún más desconcertado parecía So Min, que en los últimos quince minutos de viaje había estado mirando nerviosamente a su alrededor. Por supuesto, había reparado en la presencia del atlético americano del jersey negro y rostro bronceado; incluso lo había mirado con cierta insistencia... que Samuel ignoró fríamente. Sí..., So Min estaba desconcertado, y la chinita estaba... decepcionada. Ésa era la palabra exacta.

Faltaban apenas cinco minutos para llegar al embarcadero cuando ella se volvió hacia So Min. Samuel la vio mirarlo fijamente. Luego, ella sacó una boquilla de marfil de su bolsito y se la puso entre los blanquísimos y menudos dientes. También sacó un paquete de cigarrillos japoneses, de colores. Escogió uno azul y lo sostuvo entre sus dedos, como vacilando entre fumar éste u otro de diferente color. Y en esa vacilación, la chinita, siempre con la boquilla entre los dientes, se volvió una vez más hacia So Min.

Samuel vio cómo se hinchaban brevemente sus mejillas de porcelana... En el acto, sus ojos se volvieron hacia So Min. Lo vio crisparse, llevarse la mano derecha a la garganta bruscamente, como quien acaba de recibir la picadura de un mosquito.

Un segundo después, So Min cerraba los ojos y su cabeza caía sobre el flaco pecho. Fue fulminante, instantáneo.

Y de nuevo volvieron los ojos de Samuel hacia la muchachita de los dulces y exóticos ojos negros. Ella se había vuelto hacia el frente, y tras colocar el cigarrillo en la boquilla, lo encendió, con lentitud, como quien está realmente gozando del placer del tabaco.

Ya no volvió a mirar a So Min, que permanecía en su asiento como dormido, inmóvil. Tan dormido, tan inmóvil por el diminuto dardo envenenado que se había clavado en su garganta, que ya jamás volvería a moverse. Jamás.

Samuel Korvin había conseguido encajar el suceso sin alterarse lo más mínimo, dominando la fría ira que sentía. Debió haber temido algo así, pero, realmente, una jovencita tan dulce como aquélla le pareció más apta para dedicarse tan sólo a vigilar al chino, seguirlo, saber con quién realizaba el contacto. Y eso le había mantenido alejado de So Min, a la expectativa, con paciencia.

Una paciencia que había costado la vida a So Min.

Pero no sería él, un experto espía, quien se acercase ahora a la muchachita china. Continuó con su aspecto distraído y curioso a la vez de turista americano, mirando hacia el ya cercano embarcadero, desde el centro del muelle de Macao. Ao-men, o Puerta de la Bahía, como llamaban los chinos.

El ferryboat había parado ya los motores y se deslizaba mansamente por entre barcas de fondo plano y sampanes. Al parecer, nadie se había dado cuenta del asesinato cometido por la bella muchacha china. Nadie, excepto él.

Un par de minutos más tarde, el barco se detenía, de proa al embarcadero, y los pasajeros comenzaron a descender. Pasaban cerca de So Min sin hacerle el menor caso: Para todos, el viejo chino se había dormido. Ya se encargaría la tripulación del *ferry* de despertarlo...

Una de las primeras personas en abandonar el barco fue la muchachita china, mezclada entre la variada multitud. Y Samuel Korvin desembarcó también rápidamente. No quería estar allí cuando se dieran cuenta de que el viejo chino de los cabellos y caído bigote blanco estaba muerto, aunque aún tardarían bastante en darse cuenta de que había sido asesinado con un diminuto dardo envenenado. Asió su única maleta, desembarcó y se fue en pos de la muchacha china, despacio, manteniendo la distancia.

Ella caminaba de prisa, con un pasito menudo, gracioso. Sus piernas eran esbeltísimas, y su cintura, tan breve, que Samuel pensó que podría abarcarla con una sola mano. Parecía una muñequita a la que hubiesen dado cuerda con mucha energía. Con su faldita azul y su escotado jersey sin mangas de color blanco, iba realmente llamando la atención por los muelles... De los cuales no salió. Simplemente, cuando estuvo a casi doscientas yardas del barco en el que había llegado a Macao, se desvió hacia otro embarcadero. Se detuvo en el borde del muelle, y Samuel supo que ella iba ahora a mirar hacia atrás. Quizá sabía que So Min había estado esperando un contacto, y podía temer que ese contacto estuviese tras sus pasos. Debía estar decepcionada doblemente.

Samuel continuó caminando, alejándose del muelle diagonalmente, mirando de reojo hacia la chinita. En efecto, ella se volvió, miró a su alrededor, pareció convencerse de que nadie la vigilaba, y entonces saltó a una bonita lancha, desapareciendo

inmediatamente dentro de la pequeña cabina donde debía haber un funcional camarote con literas plegables y otros pequeños objetos que lo convertirían, sin duda, en habitable.

El agente del FBI se desvió ahora hacia aquella parte del muelle. Estaba a menos de veinte yardas de la lancha cuando la chinita reapareció, llevando en las manos unos prismáticos, que enfocó inmediatamente hacia el *ferry*.

Samuel se acercó más, y más... Por último, quedó de pie en el borde del muelle, mirando con el ceño fruncido a la muchacha. Desde luego, no había nadie más en la lancha. Ella estaba sola.

Tranquilamente, el
«g-man»

saltó a la lancha, que se meció con fuerza bajo sus ciento sesenta libras de peso. La muchacha bajó velozmente los prismáticos y ladeó la cabeza hacia el intruso. Sus grandes ojos rasgados se abrieron mucho y un destello de alarma pasó por ellos.

Samuel Korvin, agente especial del FBI, sonrió fríamente y susurró:

—¿Eres espía?

CAPÍTULO IV

La muchacha parecía petrificada. Un poco asustada, quizá. Sólo un poco. Su armonioso cuerpo se recortaba contra las negras aguas del puerto, iluminado por las luces del muelle y de los barcos.

—¿Eres espía? —insistió Samuel.

—¿Quién es usted? —musitó ella en perfecto inglés.

—Un turista americano. ¿No me viste en el barco?

—Sí...

—Me viste, pero como había más americanos y gente de todas clases, no me concediste especial importancia. Mal hecho, jovencita. ¿Cuál es tu nombre?

—Márchese. Aunque sea americano, no tiene derecho a estar en mi lancha. Márchese, o avisaré a la policía.

—Avísala —sonrió secamente Samuel—. Así iremos todos al barco... ¿Han descubierto ya que el viejo chino está muerto?

—No sé de qué está hablando.

El

«g-man»

encogió los hombros. Quitó los prismáticos de las manos de la muchacha y los enfocó hacia el *ferry*. Segundos después asentía con la cabeza.

—En efecto... Ya se han dado cuenta de que el pasajero chino no está dormido, sino muerto. Eso va a complicarle la vida, sobre todo cuando la policía encuentre en su garganta el dardo envenenado... ¿No estás de acuerdo conmigo?

Devolvió los prismáticos y señaló amablemente hacia el interior de la pequeña embarcación.

—Entremos, jovencita. Podremos charlar con más comodidad. Oh, bueno, eso suponiendo que no insistas en llamar a la policía,

claro...

Ella parpadeó. Dejó de mirar intensamente al
«g-man»

y entró en el camarín de la lancha. En efecto, durante el día aquello era una especie de salita, con un gran sofá, una mesita, librería diminuta colgada, una radio, tres o cuatro sillitas. En absoluto mostraba la menor huella de mobiliario o ambiente chino. Todo muy funcional, americano. El sofá debía servir de cama durante la noche. Enfrente había dos literas que se mantenían pegadas al casco, alzadas. Un bonito lugar.

Samuel se dirigió al sofá y se sentó, como fatigado. Parecía no conceder a la muchacha la menor importancia. Al fin y al cabo, dos días antes, él había eliminado a dos personas porque así convenía a otras. Es el juego.

La vio dirigirse hacia su bolsito, y no se opuso a que ella sacase una pequeña pistolita, con la cual en la mano se volvió velozmente hacia él, que por toda respuesta sacó su enorme *Parabellum*, sin alterarse lo más mínimo.

—Cambio bala del nueve largo por mosquito de plomo —sonrió—. Es un mal negocio para ti, jovencita.

Ella se mordió los labios. Y cuando Samuel tendió su mano izquierda, le entregó la pistola. El
«g-man»

la dejó indiferentemente en una punta del sofá y señaló éste.

—Siéntate. Y dime tu nombre. Procura comportarte con inteligencia, porque si no, cuando yo salga de esta barquita, tú estarás muerta. ¿Lo entiendes?

Lo dijo con tal fría indiferencia que la chinita se estremeció. Se sentó junto a él, que la examinó atentamente, de cerca, a la luz de la cabina tan funcionalmente aprovechada.

—Empecemos por tu nombre —sugirió.

—Chu Nai.

—Bien... ¿Quién te ordenó que matases a So Min?

—Nadie.

—No me gustan las conversaciones tontas, Chu Nai —gruñó el

«g-man»

—. ¿Quién te dio esa orden?

—Nadie. Lo hice por propia iniciativa.

—¿De veras? ¿Por qué motivo?

—So Min era un traidor.

—Un traidor..., ¿a quién?

—Al FBI.

—¿Estás diciéndome que So Min trabajaba para el FBI? —Se hizo el tonto Korvin.

—Sí. ¿Usted es del FBI?

—Es posible. ¿Para quién estás trabajando tú?

—Para el FBI, a las órdenes de So Min.

Samuel se desconcertó un poco.

—No comprendo esto. Dices que So Min te daba órdenes, de donde se desprende que ambos trabajáis para el FBI. Espera... ¿Tú has matado a So Min porque has considerado que él era un traidor?

—Sí.

—¿Estás segura de que lo era?

—Alguien tenía que serlo del grupo. Y nadie más indicado que So Min para saber muchas cosas. Le he estado vigilando últimamente.

—¿Por qué?

—Porque en nuestro grupo han ocurrido cosas que indican la presencia de un traidor. Después de considerarlo detenidamente, he llegado a la conclusión de que era el propio So Min quien nos estaba vendiendo.

Samuel asintió con la cabeza, pensativo.

—¿Tú sabes algo de los tres americanos que han cruzado China desde Vietnam del Norte?

—Sí. También a ellos los traicionaron... Pero no se trata sólo de eso. Ya ha habido antes otras pequeñas traiciones en nuestro grupo. Cosas que sólo So Min sabía. Hoy le he seguido a Hong-Kong.

—¿No has visto a nadie con él? ¿Adónde ha ido, de Hong-Kong?

—A ninguna parte. Se quedó por los muelles, paseando. Luego, tomó el *ferry*. El me vio en el barco pero simuló no conocerme. Seguramente, sin embargo, se asustó y debió hacer una seña al traidor que esperaba para venderle a los tres americanos, de modo que esa persona no se acercó a él. Estoy segura de que si no hubiese matado a So Min, ahora él habría ordenado mi muerte, porque

comprendió que había descubierto su traición.

—Asombroso... ¿Tampoco viste a So Min con nadie durante el viaje de ida a Hong-Kong?

—No.

—¿Estás segura de que no viste a una mujer americana, muy hermosa, rubia, de ojos azules, charlando con So Min?

Chu Nai abrió mucho los ojos.

—Sí... Esa mujer iba sentada junto a So Min en el viaje de ida a Hong-Kong...

Pero no vi que hablasen...

—Tenían muy poco que decirse, Chu Nai. Solamente, ella debía ir a un hotel de

Hong-Kong,

para buscar a un americano y decirle que So Min le esperaba en el *ferry*. De donde se desprende que hablaron muy poco, muy discretamente, y que la mujer rubia trabajaba para So Min. Ese americano que la mujer rubia fue a buscar a un hotel, soy yo. Y yo, efectivamente, trabajo para el FBI. Conclusión final: So Min no era un traidor.

La chinita se mordió los labios.

—Sí... Tenía que serlo...

—¿Por qué él? Puede ser cualquier otra persona. ¿Conoces a todos los del grupo?

—No... A esa mujer rubia americana, por ejemplo, no la conocía como perteneciente al grupo.

—Pues pertenece a él, Chu Nai. De momento, teniendo en cuenta que tanto ella como So Min estaban trabajando conmigo para sacar de Macao a los tres americanos, habrá que descartarlos como traidores. Te lo digo porque no me gustaría que cometieses con la mujer americana la misma equivocación que con So Min. Déjala tranquila y busca al traidor por otra parte.

—Pero si el traidor no era So Min...

—Significa exactamente que lo has asesinado sin necesidad, por error. Ahora, el grupo que So Min dirigía para el FBI ha quedado sin jefe. Es probable que quede desarticulado. Con lo cual, jovencita, no nos has hecho ningún favor, precisamente. ¿Te das cuenta?

—Sí... Yo... lo siento, pero, estaba convencida de que era So

Min el traidor.

—¿Por qué creías eso?

—Porque hemos tenido muchos contratiempos que sólo han podido sobrevenir debido a que nuestros enemigos han estado obteniendo informes muy confidenciales de nuestro grupo. O era So Min el traidor, o alguien muy cercano a él, en quien confiase mucho.

—Eso es perfectamente aceptable. Ya estoy enterado de la existencia de un traidor en vuestro grupo, pero debiste recapacitar más detenidamente antes de eliminar al viejo. En último extremo, debiste pedir permiso al FBI, al agente que periódicamente os debe visitar. Aunque, como es natural, no has ejecutado a So Min sólo por el temor de que traicionase al FBI, sino a vosotros, a tu grupo... especial.

—¿Mi grupo... especial?

—Naturalmente, jovencita —sonrió Samuel—. Sabemos muy bien que la mayoría de los elementos de tu grupo y de otros que tenemos en muchos puntos, son agentes dobles. Trabajan para el FBI o la CIA, ciertamente, pero también para China Nacionalista. Nosotros lo sabemos y lo aceptamos. No lo encuentro censurable. ¿Admites esto?

—Sí.

—Y precisamente has eliminado a So Min porque temías que algo grave les ocurriese a los de tu grupo especial. Pero vamos a dejar ya a un lado las aclaraciones y los comentarios sobre tu error. Ahora hay que ponerse a trabajar rápidamente. Me llevarás adonde están los tres americanos, y podremos...

—No sé dónde están.

—¿Tampoco a ti te lo dijo So Min?

—No... Pero usted..., usted debería saberlo, señor.

—Seguro. Lo sabría ya si tú no hubieses matado a So Min. Pero ahora... ¿Te das cuenta de cómo has complicado las cosas? Dime ahora cómo encuentro yo a mis tres compatriotas, dos de los cuales trabajan también en el FBI. ¿Tienes alguna buena idea, jovencita?

—Podríamos ir... a la casa de So Min. Quizá los tenga allí, escondidos.

—Lo dudo. Pero supongo que por algún sitio tenemos que empezar... Entiendo que sabes dónde está la casa de So Min.

—Sí... Sí, señor...

Samuel frunció el ceño.

—Lláname simplemente Samuel. No soy ningún viejo, Chu Nai. Casi podríamos ser compañeros de juegos tú y yo.

La chinita sonrió de pronto luminosamente.

—¿De qué clase de juegos?

Samuelladeó la cabeza y entornó los ojos, mirando sonriente a la muchacha, no sin cierta amable burla.

—Supongo que estás diciéndome que yo soy un hombre y que tú eres una mujer, y que ya no estamos en edad de jugar a según qué cosas, y en cambio sería muy indicado jugar a otras... Eres muy bonita, Chu Nai, y me encantaría jugar contigo. Pero no me gusta jugar cuando tengo que trabajar. De modo que pórtate bien, tutéame llamándome Samuel..., y pide a Buda que todo cuanto me has dicho sea verdad, porque si me entero de que me has mentido, te cortaré el cuello. Y no es un modo de hablar... Es una realidad, Chu Nai. Me gustas mucho, pero te degollaría. ¿Okay?

—Usted también me gusta... Y no le he mentido.

—Mejor para los dos —sonrió Samuel—. Pero, para que no haya malentendidos, te haré mi pregunta de rigor: ¿eres espía?

—Usted sabe que estoy trabajando para...

—No, no, no... Así no, bonita. Sólo tienes que contestar con un «sí» o un «no». Yo quiero una respuesta concreta y bien definida. Me gusta tener esa respuesta, porque, según me hayan dicho «sí» o «no», así actúo yo cuando llega el momento. Es una actitud que tiende a tranquilizar en parte mi conciencia. Cuando el juego anda, entre espías, nadie tiene derecho a reclamar, ¿entiendes? Por tanto, yo pregunto: ¿eres espía?

—Sí.

—Okay. Entonces, atente a las consecuencias, sean buenas o sean malas. No lo olvides, soy Samuel, y los dos somos espías. Y ahora, espera que recoja unas cosas de mi maleta antes de ir a dar una vuelta por la casa del malogrado So Min. ¿Te importará que deje aquí el resto de mi equipaje?

—No, no...

—Muy amable.

El agente del FBI colocó la maleta sobre el sofá, la abrió y sacó de ella un estuche de piel que parecía contener unos grandes

prismáticos, a juzgar por la forma. Se los colgó del cuello, se echó al bolsillo otro estuche, poco más grande que un paquete de cigarrillos, y luego, del doble fondo, sacó tres pequeños dardos metálicos, de color gris, que también se guardó en un bolsillo. Dejó todo en orden, cerró la maleta y miró a Chu Nai, sonriendo de aquel modo tan profesional, tan absolutamente hipócrita.

—Pequeños trucos que a veces son útiles, bonita. ¿Crees que podemos ir ya a la casa de So Min? —Cuando tú quieras, Samuel.

—Magnífico —le dio un pellizquito en la barbilla—. La cosa está en marcha, espía.

CAPÍTULO V

La casa de So Min era un viejo edificio ruinoso, que parecía sostenerse por el apoyo que le prestaban otras dos casas no menos ruinosas. En realidad, las unas sostenían a las otras. Igual que cuando se colocan verticalmente tres palos apoyados por los extremos: se sostiene el equilibrio hasta que se quita uno de ellos, cuando eso se hace, caen los otros dos, cae todo.

Había un escaparate, pero la calle era tan oscura que Samuel no pudo distinguir lo que había en él.

—Es una sastrería —dijo Chu Nai.

Estaban como a doce o quince yardas, de lado con respecto a la casa. La calle era más bien estrecha, y poco menos que solitaria. Pero en su extremo, cercano a los muelles viejos, se veía luz y gente que pasaba continuamente. Sin duda, aquella calle no era paso preferido por nadie. Apenas había luz hasta el punto de que si no hubiese sido por la iluminación del fondo, habría podido considerarse aquella calle como zona no alumbrada.

—Parece que no hay nadie —musitó el «g-man»

—. De todos modos, vamos a asegurarnos.

Sacó los prismáticos del estuche, estiro uno de los objetivos, que era telescópico, y luego quitó los cristales. El resultado fue un tubo de casi un pie de largo, por cuyo extremo ancho introdujo uno de los pequeños dardos metálicos de color gris. Luego se colocó el otro objetivo ante el ojo derecho, de modo que el tubo largo quedó junto a su oreja, horizontal, apuntando hacia la casa. Con el otro juego de lentes enfocó el punto que le interesaba, y entonces apretó la rueda de graduación de los prismáticos. Chu Nai apenas oyó un suave chasquido eléctrico.

Inmediatamente, Samuel volvió a colocar los prismáticos en su posición normal. Sacó el estuche poco más grande que un paquete de cigarrillos, lo abrió y Chu Nai comprendió entonces. Era un receptor. Y el pequeño dardo, un emisor. Bajo un pequeño cristal circular había una flechita que oscilaba ligeramente, indicando que el aparato emisor estaba funcionando. Pero ningún sonido se oyó en el aparato, en la rendija metálica colocada junto al cristal circular.

—Parece que no hay el menor ruido en esa casa —musito Samuel—. Este aparato, por medio del emisor, captaría una voz u otro sonido producido a diez yardas a la redonda. Tan sólo con que ahora gritase, lo veríamos por aquí, enviada la señal por el «micro» clavado en aquella puerta.

—Entonces, ¿no están ahí los americanos?

—Pues... Si están, están muy calladitos. Lo cual es más que probable, desde luego. Bien, teóricamente, no hay nadie ahí dentro. De modo que iremos a echar un vistazo. Es la única pista que tenemos...

Guardó el receptor y se acercaron a la casa. Samuel arrancó el dardo. Luego probó la puerta, que no cedió. Tuvo que sacar la ganzúa de acero que llevaba en la doble suela de su zapato, ante el continuo asombro de la muchachita china.

En menos de quince segundos, la puerta cedía hacia dentro, sin ruido. Estaba bien engrasada. En el escaparate se veían piezas de tela y trajes de confección barata, la mayoría blancos. Samuel sacó su bolígrafo que contenía una diminuta linterna. Cuando la encendió una finísima raya de luz se proyectó hacia el fondo de la tienda, que era más bien pequeña. Había un mostrador, dos maniqués, estanterías con telas diversas.

A un lado, un biombo chino, con pájaros y flores untados. Muy viejo y deteriorado ya, sucio. Evidentemente, So Min no concedía demasiada importancia a un negocio de sastrería. Era mejor el del espionaje rebajando para los americanos y aprovechando toda información que obtenía para tener a la vez, posiblemente, informada a la China Nacionalista. Agentes dobles pero tolerados. A fin de cuentas, el espionaje americano estaba cimentado en pilares más sólidos que las colaboraciones de unos cuantos chinos.

Detrás del biombo había una cortina, que Samuel apartó de un manotazo rápido y silencioso, lanzando el rayo de luz hacia dentro.

Un pasillo corto, con puertas a los lados. Luego, una puerta de cristales. Se acercó y vio el patio descubierto. Había allí cajas de cartón y de madera, sacos, una bicicleta... Abrió la puerta y salió al patio. No parecía ser interesante en lo más mínimo. Volvió adentro, siempre con Chu Nai pegada a sus talones. Fue abriendo la puerta y mirando dentro de las habitaciones. Olía a humedad, a sucio, a viejo, y se veían ratas deslizándose velozmente hacia sus agujeros.

No parecía un lugar apropiado para esconder a tres espías americanos a la espera de que el cerco tendido en Macao se rompiera. Y uno de ellos, herido.

—Salgamos, Chu Nai. No están aquí. Revisaremos la tienda, por si encontramos alguna dirección, o algo que nos oriente, aunque lo dudo mucho. Pasa delante...

Iluminó el piso y Chu Nai pasó delante, hacia la cortina. Salió en primer lugar. Se oía quedamente el taconeado de sus zapatos. Pero justo cuando Samuel cruzaba el umbral oyó algo más, como una exclamación o grito contenido... Dirigió la luz hacia allá y vio a Chu Nai delante de un hombre que la sujetaba con una mano por la cintura y con la otra tapaba su boca.

El

«g-man»

recibía en aquel instante el aviso de su sexto sentido. Se ladeó vivamente y algo pasó rozando su cabeza y golpeó fuertemente en su hombro izquierdo. Tan fuerte, tan duramente, que notó como una descarga eléctrica en todo el cuerpo y por una fracción de segundo sus rodillas se doblaron.

Supo que iba a llegar inmediatamente el otro golpe, y se volvió, alzando el brazo izquierdo. Un antebrazo chocó con el suyo, y la pistola que había en aquella mano saltó fuertemente. Al mismo tiempo, se oía una exclamación en chino, y Samuel lanzaba su puño derecho hacia delante, con toda su fuerza.

El hombre salió disparado hacia atrás, encogido, hecho un ovillo, llevándose el biombo. Samuel se volvió hacia Chu Nai a tiempo de ver las siluetas de la muchacha y del hombre que la sujetaba. El hombre lanzaba en aquel momento una exclamación de dolor; Chu Nai se volvía hacia él, lo agarraba por los cabellos...

Un tercer hombre apareció por la izquierda de Samuel, ya con la pistola en alto. Los querían vivos, al parecer. Con lo cual se estaban

tomando un trabajo ímprobo, porque el

«g-man»

no era pieza para ser cazada viva tan fácilmente... Sujetó la mano armada, la desvió, evitando así el golpe, y lanzó su mano derecha, abierta, en busca del rostro del tercer personaje, que recibió una bofetada espantosa, de las que, en efecto, pueden partirle la cara a un hombre. O, al menos la mandíbula.

También era chino, a juzgar por el grito que lanzó cuando volaba describiendo una vuelta aparatosa perdida la pistola...

Chu Nai había derribado al otro de un tirón de cabellos y una hábil zancadilla que delataba sus conocimientos de judo. Samuel recibió a este hombre con un tremendo puntapié en la barbilla que casi lo puso en pie, mientras giraba ya el torso para recibir al primero de sus atacantes, que intentó derribarlo con un feroz golpe de judo dirigido al rostro.

El americano utilizó una vez más su brazo izquierdo para parar el golpe, y replicó con la mano derecha con otro idéntico, que también fue parado en alto. El chino lanzó otro golpe, Samuel se echó hacia atrás..., y un brazo se clavó en su cuello. Se echó un poco hacia delante, y supo en seguida que tenía colgado en la espalda un chino pequeño, de poco peso..., pero con fuerza suficiente para desvanecerlo por estrangulación. O matarlo.

Asió fuertemente el brazo, se inclinó bruscamente hacia delante, y cuando el chino estaba por encima de él apartó aquel brazo con las dos manos y lo soltó acto seguido. El chino se fue directo, en veloz vuelo, hacia la vitrina, hacia el escaparate... Salió por él envuelto en una lluvia de cristales.

El otro había lanzado un golpe que acertó de lleno en el pecho al federal, que salió disparado hacia atrás, intentando asirse a algo. Supo que se cruzaba con Chu Nai, y vio su fina silueta lanzándose contra el chino, que se llevó una sorpresa, sin duda, cuando la muchacha asió la mano con que quería golpearla, dio media vuelta girando el brazo de su enemigo..., y éste tuvo que optar por la vuelta de campana, como mal menor, pues de otro modo su brazo habría quedado roto...

Sin embargo, el chino tiró de la mano de Chu Nai a su vez, desde el suelo, y la chinita, con un grito de espanto, pasó por encima del mostrador y cayó al otro lado.

Inmediatamente, y sin dar tiempo a Samuel a intervenir de nuevo, el chino salió a toda velocidad de la tienda, escapando junto con su compañero lanzado a través del escaparate.

Samuel encontró al otro en la semioscuridad, lo asió por las solapas y lo puso en pie. Parecía estar inconsciente, notaba su peso en las manos...

—Chu Nai, ¿estás bien?

—No sé —oyó a la muchacha tras el mostrador—. Creo que sí...

—A ver si encuentras la...

El hombre que Samuel sostenía a peso actuó en aquel momento, que parecía haber estado esperando astutamente. Alzó una rodilla, encajándola en el bajo vientre del

«g-man»,

que lanzó un quejido, lo soltó, y se encogió...

—¡Samuel, aguanta, tengo una pistola...!

Samuel hizo algo mejor que aguantar. Dominando el dolor que sentía, lanzó un puñetazo en corto que acertó al chino en pleno estómago. Se oyó un fuerte gemido, el jadeo del

«g-man»

al cargárselo sobre un hombro y lanzarlo por el camino seguido por el primer chino: a través del hueco del escaparate.

El chino lanzó un grito agudo cuando los cortantes bordes del cristal rozaron su carne, pero apenas había caído en la calle se puso en pie y echó a correr. Samuel y Chu Nai corrieron hacia la puerta, y lo vieron lanzado a toda velocidad hacia el extremo iluminado de la calle.

—¡Se escapará si no vas tras él, Samuel!

—Que escape —sonrió fríamente el federal.

—¡Llega un auto ahora por el otro extremo...!

—Entremos en la tienda... ¡Pronto!

Apenas habían tenido tiempo de entrar cuando el auto se detenía, casi delante mismo.

—¡Samuel! —Se oyó la voz—. ¡Señor Korvin!

El agente del FBI regresó a toda prisa hacia la puerta, en verdad asombrado. Llegó a tiempo de recibir a Alicia Penbroke en sus brazos, en un choque casi violento.

—¿Está bien? —exclamó ella—. ¿Está bien, Samuel...?

Tenía una pistola en la mano y parecía muy excitada. Samuel le

dio unos golpecitos en un hombro.

—Cálmese, Alice. No ha ocurrido nada importante... Alejémonos de aquí ahora mismo... Al coche, Chu Nai.

CAPÍTULO VI

—Bueno —suspiró Samuel—. Parece que nos hemos alejado de tan inhóspito lugar. Emmm... ¿Le molesta que esté un poco sorprendido por su presencia en ese lugar, Alice?

Alice Penbroke iba al volante del coche, Samuel a su lado y Chu Nai detrás. La rubia volvió un instante la cabeza, sonriendo al agente del FBI.

—Comprendo que esté sorprendido, Samuel. Pero, simplemente, le he estado siguiendo. Llegué a Macao antes que usted, en una lancha, y cuando usted desembarcó, ya estaba yo esperándole. Me sorprendió que no bajase con So Min...

—Está muerto.

—Lo pensé al verlo quedarse allí, como dormido —musitó la bella rubia—. Lo siento. ¿Cómo ocurrió?

—Contratíemos... Gire ahora a la derecha, por favor.

Alice miró rápidamente el aparato que Samuel tenía en una mano. Vio el pequeño cristal circular, la aguja señalando una dirección...

—¿Qué está haciendo?

—Simple: dejar que el último chino que escapó nos lleve a un lugar.

—¿A qué lugar?

—No sé. Posiblemente adonde está la persona que los manda...

—¿Está seguro de que podrá encontrar a ese chino?

—Segurísimo.

—¿Pero... cómo?

—No se preocupe por eso. Me pregunto por qué no se reunió conmigo en el muelle, Alice.

—¿Después de ver muerto a So Min?

—Entiendo. ¿Quizá pensó algo malo de mí?

—Lo pensé... Bueno, me dediqué a vigilarlos a usted y a la chinita que llevamos detrás. Los vi venir a la casa de So Min, y entrar en ella... Supuse que venían buscando a los tres americanos o alguna pista...

—Exacto. ¿Y siguió desconfiando?

—Sí... Hasta que vi a los tres chinos que entraron después de ustedes. Comprendí que me había equivocado, que era una trampa que ellos tenían preparada para quien se acercase a la casa... Y volví al coche a buscar la pistola. Entonces pensé que sería mejor venir con coche y todo.

—Fue una buena idea —admitió Samuel—. Evidentemente, nuestros enemigos estaban utilizando la casa de So Min como ratonera. Querían atraparnos vivos a Chu Nai y a mí. A la izquierda, por favor, Alice.

—Quisiera saber cómo está tan seguro de encontrar al chino que salió de la tienda en último lugar... ¿Tiene fuego, por favor, Samuel?

El

«g-man»

aplicó la llamita de su encendedor al cigarrillo que Alice había sacado de su bolso, tras buscar en él con una sola mano, dejándolo de nuevo en un compartimiento abierto del tablier.

—Lo encontraremos. Y pronto. Es posible que nos explique por qué nos querían vivos, aunque supongo que está muy claro: deben creer que sabemos dónde están los tres americanos, y querían que se lo dijésemos..., de un modo u otro.

—¿Pero no sabemos dónde están los americanos?

—Ni Chu Nai ni yo, al menos. Y usted dijo que tampoco lo sabía... ¿O me mintió porque desconfiaba, Alice?

—De verdad que no lo sé. Y ahora, muerto So Min, me pregunto cómo vamos a encontrarlos.

—Esperemos. El chino que pronto encontraremos quizá sea tan amable de facilitarnos información... Recto, recto, por favor, Alice... Parece que ya lo tenemos cerca... Pero, desde luego, va en un coche. Seguramente con sus dos amigos.

—Si seguimos en esta dirección, pronto saldremos de la ciudad, Samuel.

—No importa. ¿O sí?

—Desde luego que no.

Efectivamente, salieron de la ciudad, dejándola atrás, en el extremo meridional de la pequeña península de apenas tres millas de ancho y una de longitud, cuyo nombre dio origen al de la ciudad: Macao.

Samuel se volvió hacia Chu Nai.

—¿Todo bien, jovencita?

—Sí, Samuel.

—¿Está dolorida?

—Un poco. Pero no importa. Hay que encontrar a ese hombre.

El

«g-man»

asintió con la cabeza y echó un vistazo al aparato que tenía en una mano. Frunció el ceño al darse cuenta de la potencia con que se captaba la señal. A los lados del coche apenas se veían ya algunas barracas, mal iluminadas. La carretera dejaría pronto de ser buena.

—No lo comprendo —musitó.

—¿Qué ocurre, Samuel? —se interesó Alice.

—Tenemos a ese hombre muy cerca... Pero a la izquierda...

—Hay un camino hacia la izquierda, dentro de un par de cientos de yardas. ¿Lo tomo?

—Sí. Pero despacio, Alice. Y con mucho cuidado.

La señal era cada vez más fuerte. Samuel tuvo incluso que bajar el volumen del receptor, atenuarlo. Cuando Alice Penbroke tomó el camino de la izquierda, Samuel volvió a alzar el volumen; la aguja de la chata esfera señalaba recta hacia la punta del auto. Alice le miraba interrogante, y el federal, tras volver a subir el volumen del receptor, señaló hacia delante. La señal era fortísima. Tanto, que pocas yardas después, Samuel tocó en un brazo a Alice y le indicó que detuviese el coche.

—¿Qué pasa?

—Ese hombre está aquí... Muy cerca de nosotros. Ni siquiera a cincuenta pies, y un poco a la derecha.

—¿Crees que nos han tendido una emboscada?

El

«g-man»

vaciló unos segundos.

—No... Sus pistolas quedaron allí. Es posible que alguien les esperase en un coche, claro. Y ese alguien sí puede tener un arma. Pero no quieren matarnos, y, además, espero que hayan comprendido que enfrentarse a mí con un arma tan sólo no puede dar resultados, después de haber fracasado con tres y por sorpresa. Salgamos del coche.

—¿Apago las luces?

—¿Tiene una linterna?

—Sí. Ahí, en ese compartimiento...

Samuel abrió el compartimiento señalado del tablier y sacó una linterna, cuya potencia lumínica probó brevemente, quedando satisfecho.

—Usted y Chu Nai permanezcan dentro del coche. Si comprenden que ocurre algo peligroso, salgan de aquí a toda velocidad. Y si no nos volvemos a ver, Alice, espero que usted encontrará a nuestros compatriotas.

—Samuel, preferiría...

—Yo quiero salir contigo, Samuel.

El federal miró de una a otra, sonriendo secamente.

—No —dijo.

Y salió del coche.

Cada vez era más fuerte la señal. La aguja señalaba un poco a la derecha del camino, y Samuel salió de éste, metiéndose entre la maleza. Alice había apagado las luces del coche, y de no haber sido por la linterna se habría encontrado en la más impenetrable oscuridad...

No tardó ni quince segundos en encontrar al chino.

Llevaba un viejo traje blanco, sin camisa; camiseta y traje blanco. El colmo de la elegancia.

De todos modos, al chino eso ya no debía importarle. Estaba tendido de bruces junto a unas matas espinosas. Samuel le dio la vuelta, y se quedó mirando hoscamente el ensangrentado pecho del hombre. Por lo menos había recibido tres balazos. Difícil de calcular, porque la sangre empapaba toda la camiseta y buena parte de la chaqueta. Estaba muerto, naturalmente.

Samuel se arrodilló junto a él, metió una mano en un bolsillo de la chaqueta del chino y recuperó el dardo-micrófono. Se lo guardó y regresó al coche, haciendo una señal con la linterna antes de

acercarse. Alice le tenía abierta la puerta cuando llegó. Entró, sentándose, y gruñó disgustado:

—Volvamos a Macao.

—¿No lo ha encontrado? —musitó Alice.

—Sí. Con tres o cuatro balazos en el pecho. Está muerto.

—¿Muerto? Pero...

—Regresemos, Alice —ella puso el coche en marcha atrás para salir del camino, y Samuel estuvo pensativo unos segundos—. No lo comprendo: ¿por qué matarlo? Bastaba con que hubiesen tirado el micrófono por cualquier lado.

—¿Qué micrófono?

Samuel mostró el pequeño dardo.

—Cuando sólo quedaba ese hombre en la tienda de So Min, lo puse en pie y simulé dejarme sorprender para darle la oportunidad de escapar. Pero antes le había colocado este receptor en un bolsillo, de modo que podríamos seguirlo.

—Quizá se dieron cuenta...

—Quizá. Pero entonces bastaba tirar el receptor, ¿no es así? ¿Por qué matar al chino y dejarle el receptor en el bolsillo?

—Pues no sé... —se desconcertó Alice.

—Pero parece que ellos sabían que podíamos localizarlo —dijo Chu Nai.

—Sí —admitió Samuel—. Lo que no sabían es cómo. Entonces, lo mataron, lo dejaron por ahí, y siguieron su camino. No lo comprendo.

—Ya te dije, Samuel —murmuró la chinita—, que tenemos un gran traidor en el grupo.

—Admitido y comprobado —masculló el

«g-man»

—. Pero no ha podido tener tiempo de actuar. Sólo nosotros tres lo sabíamos, hemos estado juntos en todo momento, es imposible que se les haya podido avisar. Por tanto, ellos quizá tienen un sistema especial de enterarse de las cosas.

—¿Qué sistema?

—¡Y yo qué sé...!

Alice quitó una mano del volante y la puso sobre una de Samuel.

—No te irrites, Samuel —tuteó—. Todo se arreglará.

El

«g-man»

encogió los hombros.

—Me pregunto cómo. Hay quien cree que los espías tenemos mil ojos y una inteligencia fabulosa. Pero nosotros sabemos que siempre trabajamos sobre hechos, detalles, pistas, nombres, informes... Me pregunto qué podremos hacer nosotros tres solos en un lugar como Macao para encontrar el escondite que el viejo zorro de So Min buscó a nuestros compañeros. Confieso que estoy desorientado... y desalentado.

—¿Volvemos a la casa de So Min? —propuso Chu Nai—. Quizá allí encontremos algo, Samuel.

—No... Ya no creo eso. Si algo hubiera habido allí, ellos lo habrían encontrado, y ya no habrían tenido necesidad de mantener vigilada esa sastrería.

—Es cierto...

—Lo que más me preocupa es que esos tres hombres deben estar solos y posiblemente encerrados en algún lugar, esperando. Y uno de ellos está herido... Bueno sonrió de pronto, —¿a qué preocuparnos tanto? Dos de ellos son del FBI, de modo que encontrarán un modo de salir del apuro..., supongo.

—¿Qué hacemos nosotros? —preguntó Alice.

—Volvamos a la lancha de Chu Nai. Tengo mi maleta allí. Tendré que recogerla, buscar un hotel...

—Puedes quedarte conmigo, si quieres... —musitó Chu Nai.

—¿De veras? Eres muy amable, Chu Nai. De acuerdo: le ahorraremos unos cuantos dólares al Tío Sam.

—También podrías venir conmigo a mi apartamento, si quieres... —murmuró Alice.

—Es más discreta la lancha de Chu Nai. Vamos allá... Como me vigilaste en el puerto, supongo que ya sabes dónde está.

—Sí.

—Pues vamos allá.

CAPÍTULO VII

Chu Nai saltó ágilmente a la lancha, ligera como una pluma. La embarcación apenas se movió bajo el peso de la chinita, que se dirigió inmediatamente a la entrada a la cabina, llevando una bolsa de grueso papel, que contenía los comestibles que había ido a adquirir.

Se detuvo en el umbral, bruscamente. Sus negros y hermosos ojos destellaron fríamente, con furia, al encontrar a Samuel y a Alice abrazados, besándose. Samuel estaba de espaldas a ella, y las manos de Alice se veían en su nuca. Ella tenía los ojos cerrados dulcemente...

—Los bocadillos —dijo secamente Chu Nai.

Alice Penbroke se sobresaltó. Se separó de Samuel, y se dedicó a abrocharse el vestido, mientras el

«g-man»

se volvía lentamente hacia la chinita y la miraba con amable burla.

—Ya te oí. Pero creí que serías más discreta, jovencita.

—No soy una jovencita.

—¿No? ¿Qué eres entonces?

—Una mujer.

—Oh... Sí, por supuesto. A decir verdad, me di cuenta de ello desde el primer instante, Chu Nai. Eres una mujer..., pero todavía muy jovencita.

—Ya tengo dieciocho años.

—Ah, es terrible... Casi una abuelita, ¿eh?

—¡No te burles de mí, Samuel!

—Bueno, bueno... ¿Qué te pasa? ¿Por qué te enfadas tanto?

—Está enamorada de ti —rió Alice, dejándose caer en el sofá—.

¿Es posible que no te hayas dado cuenta?

—Digamos más bien que no quería complicar las cosas —sonrió de nuevo Samuel, siempre con aquella hipocresía profesional—. Ya están bastante complicadas. ¿Qué tenemos para cenar, Chu Nai?

Ella le tiró la bolsa a las manos, rabiosa, y Samuel la recogió al vuelo, riendo, igual que Alice.

—Tienes muy malos modales, Chu Nai —dijo Alice.

—¿Son mejores los tuyos? —espetó la chinita.

—Pues..., al menos dan más resultado.

—Eh, eh, eh —alzó Samuel una mano, con un bocadillo en ella—. Nada de tonterías. Somos espías, no muchachos alegres. Haya paz y cordura, nenas.

—¿Somos espías? —deslizó Chu Nai—. ¿Ya se lo has preguntado a ella, Samuel?

El

«g-man»

se quedó mirando muy seriamente, con fijeza, a la chinita. Parpadeó muy lentamente, desvió la mirada hacia Alice Penbroke, y movió la cabeza en sentido negativo.

—Cenemos en paz —dijo—. No me gustan las tonterías.

—¿Se lo has preguntado o no?

—No.

—¡Pues pregúntaselo!

Samuel Korvin frunció el ceño. De pronto, sacó dos bocadillos más de la bolsa de papel, dejó ésta sobre la mesita y salió a cubierta, en silencio.

Pocos minutos después, Chu Nai estaba junto a él, mirándole tímidamente. Le tocó en un brazo.

—Samuel...

—¿Qué hay?

—Perdóname...

—Seguro que sí, jovencita. No ha tenido importancia. Vuelve adentro: estoy pensando.

—¿En ella?

El

«g-man»

se volvió hacia la chinita.

—Chu Nai, yo soy un hombre normal... cuando no trabajo. Cuando termino un trabajo, me convierto en un muchacho más bien

simpático y de buenos modales. Pero cuando trabajo, soy antipático...

—Con ella no lo has sido.

—Bien... Quizá olvidé por unos segundos que la vida de tres hombres depende de lo que yo haga.

—¿No podrías... olvidarlo otra vez?

—No es conveniente. De verdad, Chu Nai: estaba pensando en cosas muy importantes... para mi trabajo. Ve a dormir. Mañana temprano tendremos que buscar el modo de encontrar una pista de esos compañeros míos. Buenas noches.

—Samuel... —La chinita le cogió una mano—. Sólo un beso, Samuel. Es cierto que me he enamorado de ti... Y sólo te pido un beso.

El agente del FBI se quedó mirando a Chu Nai con el ceño fruncido. La lancha ni siquiera se movía, la noche era oscura, manchada de luces amarillentas del puerto, rojas de los barcos que se movían... Todo parecía manchado de un amarillo triste. Se olía a mar, a maderas húmedas, a sal, a pescado... En medio de todo esto, Samuel Korvin tuvo de pronto la impresión de que Chu Nai era como una limpia flor sobresaliendo de un montón de basura. Vio sus redondos labios temblando levemente, sus hermosos ojos muy abiertos, suplicantes...

Se inclinó y la besó lentamente. No la abrazó, ni ella a él. Solamente estuvieron besándose en los labios mucho más tiempo del que el agente federal había decidido de antemano. Cuando sus bocas se separaron, Samuel notó el fresco aliento de la muchacha en su rostro.

—Gracias, Samuel...

—Ve a dormir.

—Sí, Samuel. ¿Tú, dormirás solo?

—Hay tres lechos ahí dentro, ¿no?

—Sí —sonrió luminosamente Chu Nai—: hay tres. Buenas noches, Samuel.

CAPÍTULO VIII

Un día formidable, lleno de sol, limpio el cielo. Macao tenía ahora un aspecto muy diferente. Se veían alegres las palmeras del paseo, los sampanes parecían menos sucios y sórdidos, y el movimiento era muy animado en el muelle principal. Un ferryboat estaba saliendo del puerto, atestado de pasajeros.

Lo primero que hizo Chu Nai al abrir los ojos fue mirar hacia la litera superior, donde sabía que Samuel Korvin se había acostado. Lo había estado esperando despierta, estirada en el sofá, y lo había visto llegar, a oscuras, subir silenciosamente a la litera tras quitarse la chaqueta, y poco después había oído su respiración fuerte y, acompasada...

Alice continuaba en la litera inferior, envuelta en una delgada manta de algodón. Pero Samuel no estaba allí, en su litera, sino acucillado ante la radio de la lancha, que había desmontado de su soporte. Volvió la cabeza hacia ella, le sonrió, y Chu Nai se deslizó silenciosamente hacia él. Se arrodilló a su lado, y antes de que el «g-man»

pudiera ni imaginarlo, lo besó en los labios, brevemente.

Luego se quedó mirándolo, con aquella dulce sonrisa en su boquita redonda y llena, brillantes los grandes ojos exóticos.

—¿Qué estás haciendo, Samuel? —musitó.

—Intenté llamar al agente del FBI residente en Hong-Kong, pero tu radio no funciona, según parece.

—Se estropeó hace tiempo... Casi dos meses.

—¿Y por qué no la arreglaste?

—No sé hacerlo.

—Yo sí. —Samuel mostró una pequeña pieza—. Ahí la tienes:

está más muerta que el chino de anoche. Habrá que comprar una pieza nueva.

—Delante mismo del puerto hay una tienda de radios y objetos eléctricos. ¿Tú sabrás arreglarla, Samuel?

—Desde luego, jovencita. Una radio es fundamental para un espía. Te pondré un ejemplo... Esos tres hombres que escaparon del Vietcong, antes de hacerlo pudieron llamar por radio a So Min, el cual pudo entonces enviar a Joao Limoes con su avioneta. Ahora, supongamos que los tres americanos no hubiesen podido disponer de una radio... Todavía estarían en la selva china o vietnamita, ¿no?

—Sí, Samuel. ¿Quieres que vaya a comprar la pieza nueva?

—Yo iré.

—Samuel —ella le cogió de pronto una mano—: ¿Tú me quieres?

El federal parpadeó, pillado de sorpresa.

—Mucho —dijo de pronto, sonriendo de aquel modo profesional—. Mucho, de veras. Eres una jovencita encantadora. Pero, Chu Nai, si estás haciendo todo esto para que te lleve conmigo a América, temo que no podrá ser.

Ella se mordió los labios.

—¿Crees que todo lo que te digo es mentira? ¿Que sólo lo hago para que me lleves contigo a Estados Unidos?

—¿No es así?

—Jamás me iré de China; y si te pido algo, no es porque espere nada a cambio. Yo... te daría lo que tú me pidieses, Samuel. Te lo daría todo... a cambio de nada. Supongo... que no me crees.

—¿Por qué no? —musitó el federal—. Estas cosas pasan a veces, Chu Nai.

Ella apretó un tanto crispadamente la mano de él.

—¿Me crees? —suplicó.

Samuel asintió gravemente con la cabeza.

—Sí, Chu Nai. Pero olvida eso... Olvida todas esas cosas que están al alcance de personas... normales. Nosotros somos espías, nos estamos viendo ahora..., pero quizá mañana hayamos muerto, o nos separemos para siempre jamás. Eso es todo. Iré a comprar la pieza.

Se incorporó, y Chu Nai hizo lo mismo, quedando diminuta junto al alto americano de anchos hombros. Los dos se dieron

cuenta entonces de que Alice Penbroke los estaba mirando, y, sin duda, los había estado escuchando.

—Así son los chinos... —comentó la rubia Alice—. En cuanto te descuidas, atacan a su modo. Buenos días, Samuel.

—Excelentes días —sonrió el

«g-man»

—. ¿Tenemos café en la lancha, Chu Nai?

—Sí.

—Magnífico. Estaré de vuelta dentro de unos minutos, y espero que haya café bien cargado. Hasta ahora.

* * *

Regresando de adquirir la pieza nueva para la radio, Samuel Korvin se detuvo de pronto, fijos sus ojos en el chino que paseaba por el muelle, muy cerca de la lancha de Chu Nai.

Un chino menudo, de rostro arrugado y seco, muy encasquetado el cónico sombrero de paja. Iba descalzo, y sus ropas estaban un poco deterioradas; pantalones hasta poco más abajo de las rodillas, un blusón azul desteñido... Famélico y furtivo. Así definió el

«g-man»

al viejo, viejísimo chino que, quizá, se dedicaba a husmear en torno a la lancha de Chu Nai.

Dispuesto a asegurarse de ello, Samuel se acercó a un pequeño camión estacionado cerca del muelle, ocultándose parcialmente tras él, siempre sin perder de vista al chino. Lo vio acercarse a la lancha, esforzarse en ver lo que había dentro, en el camarín... Pero las cortinillas, todavía corridas, se lo impedían.

Estaba nervioso... Del modo en que puede estarlo uno de esos chinos clásicamente impasibles. Un observador normal no lo habría notado. Pero Samuel Korvin, aparte de su entrenamiento como agente del FBI, había vivido durante nueve años en Oriente, principalmente en China, acompañando a su madre y a su padre, este último con un cargo diplomático americano. Conocía varios idiomas bastante bien. Y, sobre todo, de los ocho a los diecisiete años, había aprendido a conocer a los orientales. Un conocimiento que quizá le estaba engañando con Chu Nai, a la cual veía absolutamente sincera. Lo cual le preocupaba no poco, ya que siempre esquivaba las complicaciones sentimentales en sus trabajos.

Incluso con Alice Penbroke, que también había sido ella quien le besó...

El viejo chino se alejaba ahora de la lancha... Se detuvo. Dio un par de vueltas por allí cerca. Volvió a acercarse. Parecía un viejo vagabundo que espera encontrar unas monedas por el suelo.

Pero Samuel ya no quiso esperar más.

Se acercó al chino, que estaba ahora de espaldas a él, y lo cogió amablemente de un brazo, sin dejar de caminar, llevándolo hacia la lancha. El oriental respingó, asustado. Y aún se asustó más cuando vio al gigante que lo llevaba casi en volandas hacia el borde del muelle. Empezó a gemir, a suplicar, hablando en chino. Parecía aterrorizado.

—Cálmate —dijo Samuel, también en chino—. Puesto que te interesa esa lancha, vamos a ella.

—No me interesa, no me interesa... ¡No me interesa nada...!

—Sigue caminando, viejo, o te parto la cabeza. ¿Lo entiendes?

Apretó al mismo tiempo el flaco brazo, con tal fuerza que el chino comprendió cuál era la razonable actitud que debía adoptar. De modo que se calló, saltó a la lancha precediendo a Samuel, y apenas había saltado éste cuando Chu Nai aparecía por la puerta del camarín.

—Samuel, el café... ¡Lin To! —exclamó.

—Estaba espionando la lancha —dijo Samuel—. ¿Lo conoces?

—¡Claro! Es un buen amigo, muy fiel a nuestros servicios...

Alice Penbroke apareció en aquel momento, un tanto alarmada.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es este hombre?

—¿No lo conoces, Alice? —inquirió Samuel.

—No... No lo recuerdo, al menos.

—Sin embargo, Chu Nai dice que es un buen amigo, fiel a los servicios del grupo... ¿O no has dicho eso, Chu Nai?

—Yo... quería decir que Lin To es fiel a los servicios que... So Min y yo prestábamos..., prestamos a...

—A la China Nacionalista —sonrió el

«g-man»

—. Está bien, creo que será mejor que pasemos adentro... a conversar.

Fue el último en entrar y se quedó ante la puerta, cruzados los brazos sobre el amplio pecho. Chu Nai le señaló el sofá a Lin To, y

él se sentó, tímidamente, asustado, diciendo algo en chino...

—Quiero que hables en inglés, Lin To —le interrumpió Samuel —. Tenemos que enterarnos todos de lo que digas.

Chu Nai se apresuró a servir café en una taza y la llevó al «g-man»,

que lo probó, y aprobó con agrado:

—Estupendo, Chu Nai. Ahora, por favor, la explicación.

—Samuel, no hay explicación... Hacía días que no veía a Lin To. Pero te aseguro que él jamás me traicionaría a mí. Jamás.

—Dame una buena razón para que yo crea eso.

La muchacha se quedó mirando al federal. Apareció una extraña sonrisa en los negrísimos ojos almendrados.

—Es mi bisabuelo —dijo.

Samuel quedó estupefacto, pero menos que Alice Penbroke. Lin To se enderezó un poco al oír la revelación de Chu Nai, y pareció bastante menos viejo y pordiosero.

—Bien —sonrió por fin Samuel—. Una prueba más de que en cuestiones de espionaje se va de sorpresa en sorpresa. Supongo que con esa... facha de mendigo hambriento, tu bisabuelo es capaz de colarse en cualquier sitio sin que nadie le moleste... Sin que reparen en él, realmente.

—Así es, Samuel.

—De acuerdo —aceptó el «g-man»

—. Vamos a confiar en él... cuando nos diga por qué no venía directamente a la lancha en lugar de andar rondándola tan... temerosamente.

Chu Nai se volvió hacia su bisabuelo.

—Díselo a Samuel, Lin To —sonrió—. Él es amigo nuestro de toda confianza. Ya comprendió desde el primer momento que nosotros aprovecharnos los informes que conseguimos para el FBI enviándolos también a Formosa. Lo comprende y lo tolera. Dile a Samuel por qué no venías directamente a mi lancha.

—Sabía que no estabas sola, Chu Nai —dijo fríamente el chino.

—¿Sólo por eso?

—Podía ser una trampa... ¿Sabes que mataron a So Min?

—Sí... Lo sé... —musitó la muchacha.

—Yo lo estaba esperando, pero él no llegó ayer, con el

americano que dijo que nos ayudaría —señaló a Samuel—. ¿Es él?

—Sí. ¿Dónde has estado?

—Con los tres americanos.

Samuel, Alice y Chu Nai cambiaron una rapidísima mirada de alegría.

—¡Por el cielo! —exclamó Samuel—. ¿Es eso verdad, Lin To?

—Es verdad.

—¡Bien! ¿Dónde están?

Una mueca que quizá era una sonrisa apareció en el arrugado rostro de Lin To.

—En un lugar, señor. Ellos están bien.

—Pero ¿dónde?

—En un lugar.

El agente del FBI frunció el ceño y miró a Chu Nai, que sonrió como divertida.

—No lo diré, Samuel.

—¿Acaso desconfía de ti?

—De mí no, ciertamente.

—Escucha, esto es absurdo... Me estoy jugando el pellejo para sacar de Macao a esos tres hombres... ¡Pero no podré sacarlos de aquí si no sé cómo llegar a ellos!

—Lin To nos llevará allá... ¿No es cierto, abuelo Lin To?

Éste asintió con la cabeza. Súbitamente, Samuel comprendió que nada en el mundo haría variar la opinión al viejo chino. Tuvo la certidumbre de que, ni siquiera haciéndole pedazos, conseguirían otra cosa. Los acompañaría. Pero no diría dónde estaban. Bien... Era suficiente, sin duda.

—De acuerdo —aceptó lógicamente el federal—. Iremos allá. Supongo que podemos disponer de tu coche, Alice.

Ella le miró estupefacta.

—¿Estás sugiriéndome que no vaya con vosotros? —exclamó.

—No veo la necesidad...

—¡No ves la necesidad! —Casi gritó Alice—. Escucha. Con la muerte de So Min, yo he quedado desconectada completamente. No conozco a otros agentes del grupo, ya que yo sólo era utilizada por So Min en asuntos... especiales; nunca me mezcló con los demás... ¿Vas a dejarme sola en Macao, después de que los chinos de anoche me vieron, quizá me estén buscando...?

—Está bien, está bien... Iremos los cuatro. Acabad el café y esperadme en el coche.

—Te esperamos aquí...

—No, Chu Nai. Tengo que arreglar la radio, y lo haré más de prisa si no me distraigo. Por favor, esperadme allá.

CAPÍTULO IX

—¿Ya has arreglado la radio?

—Sí. En marcha, Alice. Lin To te irá dando las indicaciones.

—Has tardado mucho...

—Llamé a un amigo de

Hong-Kong,

el residente del FBI allá. Lo tendrá todo preparado para recibirnos esta noche y colocarnos inmediatamente en un vuelo a San Francisco.

—Ah... ¿Te has comunicado con

Hong-Kong,

por fin?

—Pude conseguirlo. Y he estado pensando que vamos bastante sobre seguro. Es evidente que nuestros enemigos no saben nada de la lancha de Chu Nai, pues de otro modo no nos habrían estado esperando en la tienda de So Min. O bien, esta mañana, o esta noche pasada, habrían intentado algo. De manera que estamos... descontrolados —sonrió.

—Mejor. Sin embargo, no olvides el cerco tendido en torno a Macao, Samuel.

—No lo olvido —gruñó el

«g-man»

—. Por el contrario, lo tengo muy presente. Ya encontraré una solución..., espero. Lo básico, ahora, es encontrar a esos tres hombres.

—Tendremos que esperar a la noche para sacarlos.

—Sí —refunfuñó Samuel.

—Mi lancha es más grande que la de Chu Nai, y también más veloz. Si conseguimos llegar a ella, estaremos en

Hong-Kong
en menos de dos horas.

—No está mal —meditó Samuel—. Dinos cómo es tu lancha, o su nombre... Si alguno se queda en el camino, los demás deben saber cómo llegar a ella.

—Está a la izquierda del embarcadero de los *ferries*. Veinticinco pies de eslora. Es blanca y roja. Su nombre es «Butterfly».

—«Mariposa»... Bonito nombre. Bien... Esperemos que no surjan contratiempos.

* * *

El coche se detuvo, finalmente, en una avenida ancha, adornada con palmeras. Un barrio popular, atestado de chinos especialmente. Cientos de bicicletas, rishkus y unos pocos automóviles, que tenían que desplazarse a una marcha muy lenta.

Lin To señaló hacia una calle estrecha que desembocaba en la avenida.

—Chu Nai y yo iremos delante, señor Korvin. Dentro de tres o cuatro minutos, entren ustedes dos en esa calle y simplemente caminen por ella hacia el otro extremo. No se preocupen de nada más.

Samuel entornó los ojos.

—No me gusta esto, Lin To. ¿Por qué no hemos de ir los cuatro juntos?

De nuevo apareció la mueca que quizá era una sonrisa en el rostro del viejo chino.

—Le aseguro, señor Korvin, que, en el fondo, las vidas de esos tres hombres me tienen sin cuidado. Usted entiende. De manera que si quiere que vayamos los cuatro, por mí no hay inconveniente. Yo habré cumplido, y Chu Nai también. Es lo que de verdad nos importa a nosotros.

El

«g-man»

asintió con la cabeza, mirando de reojo a Chu Nai.

—Está bien —aceptó—. Los seguiremos dentro de tres minutos.

—Mejor cuatro... o cinco.

Chu Nai y su bisabuelo se apearon. Dentro del coche, los dos blancos estuvieron viéndolos alejarse hacia la calleja. Cuando

desaparecieron por ella, Alice miró preocupada al federal.

—Es un riesgo confiar en ellos, Samuel.

—Lo sé, porque el traidor debe estar cerca... Quizá es uno de ellos, Alice. Pero no podemos hacer otra cosa más que esperar. A mí me gusta menos que a ti, te lo aseguro.

Alice Penbroke sonrió desganadamente.

—Estaría bueno que fuésemos a ayudar a tres compatriotas... y nos atraparan también a nosotros.

Samuel soltó un gruñido.

—Sí... Estaría bueno.

* * *

—Ya han pasado cinco minutos. Vamos, Alice. ¿La pistola...?

—La llevo en el bolso, no te preocupes. Sabré defenderme si llega el caso.

Entraron en la estrecha calle. Había tenderetes con techo de tela de saco, o de cañas, y el jaleo era espantoso. Cientos de personas se empujaban unas a otras yendo de una tienda a otra, montadas en carritos con techo. Las casas eran de dos pisos, sólo unas pocas tenían tres. Todas las ventanas o balcones estaban llenos de ropa tendida. En cierto modo, se parecía a Hong-Kong.

Continuamente empujados, zarandeados y pisoteados, los dos siguieron caminando, mirando a todos lados. Dos chinos gritaban airadamente, ante uno de los tenderetes, y otro les increpaba con una furia digna de mejor causa que el precio de la mercancía. El sol caía a plomo sobre los cónicos sombreros de paja y el empedrado comenzaría pronto a arder bajo los descalzos pies. Una chinita muy joven, de rostro redondo como una luna, se acercó a ellos con la mano tendida; llevaba dos niños canijos colgados a la espalda. Tenían los ojos que parecían bolitas de cristal negro. Samuel le hubiese dado unos dólares de buena gana, pero si hacía aquello, los demás mendigos y ladrones se les echarían encima, y quedaría muy malparada la discreción que ellos precisaban...

De pronto vieron a Lin To en uno de los portales.

El viejo les hizo una leve seña, y luego desapareció dentro de la casa. En el primer piso había un gran cartel, que en portugués, inglés y chino decía que aquello era un gimnasio-escuela de judo y

de karate.

Cuando entraron en el portal, vieron a Lin To, en el fondo. Estaban llegando junto a él cuando el viejo empujó una puerta de cristal translúcido, sucísimo. Se encontraron en una gran sala con aparatos deportivos. En un lado y al fondo, quizá media docena de tatamis para la práctica del judo. Una china que parecía aún más vieja que Lin To estaba lavando el piso. Los miró inexpresivamente, apenas un segundo, y continuó con su penoso trabajo.

Lin To señaló una pequeña puerta, también de cristal translúcido, pero algo más limpia, a la izquierda de la sala. Cuando la hubieron cruzado, vieron a Chu Nai, que al verlos aplastó el cigarrillo en un cenicero de imitación de jade y se puso en pie.

Samuel frunció el ceño.

—Bien... ¿Dónde están, Lin To?

Otra vez apareció aquella mueca en el rostro del chino. Empezó a empujar la pesada mesa del despacho, y Samuel le ayudó prestamente. Ciertamente: debajo de la mesa, oculta por la fina alfombra de paja trenzada, había una trampilla rectangular de madera. Lin To la alzó y señaló hacia abajo, hacia los peldaños de madera que descendían.

Samuel fue el primero en bajar. Cuando llegó abajo, llevaba la pistola en la mano. Detrás de él bajó Chu Nai. Luego, Alice. Y, por último, Lin To, que colocó la trampilla en su sitio. La oscuridad fue completa. Y Samuel Korvin se desplazó silenciosamente, lista la pistola.

—Soy Lin To —dijo éste—. Enciendan la luz.

Se encendió una sucia bombilla en un rincón. Una pieza cuadrada, un poco húmeda, de unos treinta pies de lado, muy bajo el techo... Repartidos estratégicamente por ella, pegados a la pared, pistola en mano, tres hombres blancos. Uno de ellos tenía el pantalón cortado desde la ingle, dejando ver completamente vendada toda la pierna izquierda.

Samuel Korvin sonrió, ahora de verdad, absolutamente sincero, y guardó la pistola con seco gesto.

—Samuel Korvin —dijo—. Clave cinco mil seiscientos setenta y uno para Asia. ¿Cómo están los tontos muchachos del FBI y de la CIA?

Hasta entonces no sonrieron los tres hombres, también. Uno de

ellos se adelantó, tendiendo la diestra, tras guardar la pistola. Estaban barbudos los tres, demacrados. Especialmente el herido.

—Chócala, Samuel —se estrecharon la mano—. Yo soy Tony Grauman, clave seis mil doscientos quince para Asia. El —señaló al herido— es Robert Sand, clave seis mil ciento catorce. Y el otro dice que se llama Conrad Hilton y que trabaja para la CIA. Pero a lo peor es mentira. Puede ser un vietnamita disfrazado.

Samuel fue estrechando la mano a los otros. Se detuvo delante del agente de la CIA, mirándolo un tanto zumbón.

—La CIA, ¿eh? Okay, colega... Me pregunto qué haríais vosotros sin el FBI...

—No tuve más remedio que molestarles —sonrió Hilton—. O eso, o dejarme cortar el cuello.

—La elección no era dudosa. Espero que publiques en los periódicos que el FBI te salvó la vida.

—De acuerdo —casi rió el hombre de la CIA—. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que también podré decir que el FBI me pidió una copia del microfilm que yo había conseguido jugándome las orejas..., y que se la di.

—Oh. —Samuel miró a Grauman—. ¿Tenemos una copia de tan importante film, muchachos?

—Ajá.

—Estupendo. ¿De qué trata?

—Tropas chinas, al mando de ciertos generales, rebasando la frontera de Vietnam del Norte, portando armamento que calculamos en una cuantía de... algo más de mil toneladas.

—Fiuuu —silbó Samuel—. No está mal. Pero eso no tiene nada de sorprendente... ¿O sí?

—Cientos de chinos iban con uniforme norvietnamita.

Samuel se pasó la lengua por los labios y achicó los ojos.

—Vaya... ¿Eso puede apreciarse en el microfilm?

—Desde luego.

—Entonces, vamos a llevar esa linda película a Washington. Ya veremos qué dicen los chinos cuando se les envíe una copia... con la noticia de que veinte copias más han sido enviadas a las Naciones Unidas.

—Dirán que el Gobierno chino no puede impedir que voluntarios chinos se enrolen en otro ejército.

—Bueno, ésa no es cuestión a resolver por nosotros. Para eso tenemos a nuestros políticos. Nosotros somos solamente espías... Es decir, eso parece. ¿Eres espía, Tony?

—Sí, claro —se asombró Grauman.

—¿Y tú, Bob? ¿Y tú, Conrad? ¿Sois espías?

—Sí...

—Desde luego.

—Entonces, cargad con las consecuencias. Bien. Veamos ahora cómo está la pierna del chico del FBI. ¿Alguna molestia, quizá infección, Bob?

—Creo que no. Me duele, pero no creo que esté infectada. So Min me atendió bien.

—¿Cuándo salimos de aquí? —Se impacientó Conrad Hilton.

—No todavía. Temo que habrá que esperar a la noche. Esperaremos todos aquí, estoicamente. ¿Alguna protesta, alguna sugerencia...?

No hubo ni protestas ni sugerencias. Los tres americanos tenían comida y bebida de sobra en el sótano. Incluso un par de botellas de *whisky*.

Esperar no sería desagradable. Sobre todo, teniendo en cuenta que quizá de esa espera de unas pocas horas dependía la vida.

CAPÍTULO X

Samuel miró su reloj y movió afirmativamente la cabeza.

—Ya es hora de salir de aquí. Ignoro qué tal será de sólido ese cerco tendido, pero vamos a intentar romperlo. Es posible que estén esperando a tres hombres juntos, uno de ellos herido. Pero, con toda lógica, llegarán a pensar que intentaremos cruzar el cerco por separado. Nosotros vamos a ir contra toda lógica. Tú, Alice, llevarás en tu coche a Robert y a Conrad. Tony, Lin To, Chu Nai y yo saldremos antes, por si hay algún peligro inminente...

—Yo no estoy herido —protestó Hilton, de la CIA—. Si hay peligro ahí fuera, puedo ayudar.

—No, Conrad. Tú ayudarás a Robert y protegerás a Alice. Ya sabéis cuál es su lancha... Lo sabéis todo. La hora de llegada allá son las diez. Tenemos que procurar llegar a la vez, o poco menos, a fin de, apenas estar en la lancha, salir hacia Hong-Kong.

Bien..., yo creo que está todo entendido... ¿Okay?

—Okay, Samuel.

Se estrecharon la mano y Samuel abrió la marcha hacia la escalera de madera que llevaba al pequeño despacho. Fue el primero en aparecer allí, y frunció el ceño al oír voces al otro lado de la puerta. La abrió apenas media pulgada y vio la sala llena de hombres, la mayoría con el equipo de judoka. Algunos hacían gimnasia deportiva. Al fondo, sobre los tatamis, se veían varias parejas empuñadas en ese deporte peligroso y útil.

La cerró y se volvió hacia Lin To, prietas las mandíbulas.

—¿Está loco? —Gruñó—. ¡No podemos salir por aquí, teniendo delante tanta gente que...!

—No se altere, señor Korvin. Hay otra salida.

Esperó a que saliesen todos del sótano. Luego, pusieron bien la alfombra y la mesa. Finalmente, Lin To fue a un rincón del despacho y apretó un trozo de pared, que se hundió, dejando un hueco estrecho y bajo, pero suficiente para que un hombre pudiera deslizarse por él.

—Comunica con el portal de la casa contigua —explicó—. Nadie nos verá salir por el pasadizo. El último que cierre esta puerta sólo tiene que empujarla, una vez esté en el pasadizo.

—Yo lo haré —dijo Hilton.

Se quedó con el herido Robert Sand y con Alice Penbroke. Durante cinco minutos estuvieron alerta, tensos. Pero todo lo que sucedía era que afuera, en la gran sala, se seguía practicando el judo y la gimnasia.

Un chino asombrosamente alto, enorme, grueso, con los ojos casi ocultos por los hinchados párpados, entró de pronto en el despacho. Se quedó mirando apenas un segundo la pistola con que Hilton le apuntó velozmente. Luego fue a la mesa, se sentó y empezó a sacar papeles y fotografías. Los americanos lo miraban un tanto incrédulamente. Era una situación tonta, inesperada, absurda.

De pronto, el chino, que vestía un holgado y mugriento equipo de judoka, alzó la cabeza.

—Están esperando demasiado —dijo en claro inglés—. Saluden a Lin To de mi parte.

Robert Sand asintió con la cabeza y se acercó cojeando a la pequeña abertura de la pared.

—Vámonos, Conrad —musitó—. Parece que todo está bien.

El enorme chino ya no les hacía el menor caso. Era como si estuviese solo en el despacho.

Y así era medio minuto más tarde. Entonces volvió a alzar la cabeza, miró enfurruñado hacia la puerta secreta, nuevamente cerrada, y encogió los hombros.

—Americanos —despreció.

Los americanos habían salido ya por la puerta que daba al portal de la casa vecina. Conrad Hilton, el hombre de la CIA, fue el último en salir, y cerró la puerta tras él.

—¿Podrás caminar lo bastante bien, Bob? —musitó.

—Eso espero —el agente federal se tocó suavemente la pierna, cubierta ahora, como la otra, por unos viejos pantalones blancos

que le estaban cortísimos—. Hay que hacerlo, Conrad; de modo que lo haré.

—Salgamos juntos y cogidos del brazo —propuso Alice—. Si nos ven, pueden pensar que somos tres blancos a los que les gusta el opio o el *whisky*... Abracémonos bien.

—Buena idea —sonrió el herido

«g-man»

—. Y, además, muy agradable.

Sonrieron los tres. Alice Penbroke se abrazó a la cintura de Conrad por la izquierda, y Robert Sand por la derecha. Un abrazo muy conveniente, por cuanto la pierna izquierda del herido encontraría no poca ayuda en la fortaleza del hombre de la CIA.

Salieron tranquilamente, conversando. Había todavía muchos chinos y blancos de varias nacionalidades. Los tenderetes ya no estaban. Ahora, lo que había era un vago olor agrio y dulce a la vez. No parecía que en aquel barrio se escatimase el consumo de opio.

Llegaron al coche de Alice sin ningún contratiempo, y la muchacha suspiró cuando se halló al volante, con los dos espías detrás, bien instalados. Robert Sand ni siquiera se había resentido de la pierna herida.

Ella miró su reloj.

—Las nueve y diez... Daremos una vuelta por Macao antes de dirigirnos al muelle. Esperemos que todo vaya bien para Samuel y los otros.

CAPÍTULO XI

Estaban apeándose del coche cuando vieron llegar a Samuel, Tony Grauman, Lin To y Chu Nai. Pasaron junto a ellos sin mirarlos siquiera, directos hacia la lancha roja y blanca cuyo nombre se podía ver ya: «Butterfly».

Samuel fue el primero en saltar a bordo. Lin To y Chu Nai lo hicieron inmediatamente, pero Tony Grauman esperó a Robert Sand, para ayudarlo. Entre Tony y Conrad fue fácil colocar a Sand en la lancha, mientras Alice Penbroke saltaba por sus propios medios, ágilmente, y se dirigía hacia los mandos, que ya estaba examinando Samuel.

—Yo lo haré, Samuel.

—Bien.

El motor de la lancha respondió al primer contacto. Por detrás salpicó una ligera espuma que parecía azul y negra. Había movimiento en el muelle, pero nadie los miraba de modo especial.

Un poco más tarde, la lancha surcaba el agua, saliendo del puerto, dejando a un lado las pequeñas islas de Taipa y Coloane, componentes también de la colonia portuguesa.

Tony Grauman atizó una formidable palmada en un hombro a Samuel, y luego mostró el pulgar en alto, sonriendo.

—Lo hiciste, Sam.

—Eso parece. ¡Hey...! Supongo que no os habéis dejado los microfilms en aquel sótano...

Los dos agentes del FBI y el de la CIA se echaron a reír, un tanto nerviosamente. Una broma sentaba muy bien, después de dos días y pico encerrados en un sótano húmedo, no sabiendo nunca quién iba a bajar por aquella escalera de madera vieja.

Chu Nai se acercó a Samuel y le tocó tímidamente en un brazo.

—Samuel..., ¿tú te irás con ellos a Estados Unidos?

—Desde luego. Pero quizá volvamos a vernos alguna vez, Chu Nai.

—Claro... Quizá. Yo... yo siempre estaré en Macao, Samuel.

—Entiendo. Si más adelante dispongo de unas vacaciones... Alice, ten cuidado, aquella lancha viene lanzada hacia aquí. O están locos o borrachos...

Todos miraron hacia donde señalaba el «g-man».

Una lancha muy grande, con una velocidad increíble, se acercaba a ellos procedente, al parecer, de uno de los islotes cercanos. El puerto estaba a menos de media milla, y, según todas las evidencias, se dirigían allá por el camino más corto. Esto es, la línea recta, hubiese o no hubiese obstáculos.

—Se nos van a echar encima —musitó Tony Grauman.

—Las pistolas —dijo fríamente Samuel—. ¡Las pistolas, pronto! ¡Vienen precisamente a por nosotros! ¡Alice, vira de estribor, hay que esquivarlos...!

Pero fue la otra lancha la que, de pronto, desvió su marcha, buscando un paralelismo con la «Butterfly». Y de su cubierta brotó un intenso foco de luz que iluminó de lleno a Samuel y sus acompañantes. Una voz llegó claramente hasta ellos, sin duda con la ayuda de un megáfono:

—Tiren sus armas al mar y paren la lancha —ordenó la voz—. Solamente disponen de cinco segundos para ello. Transcurridos éstos, vamos a disparar. Empezamos a contar. Uno...

Alice miró a Samuel, asustada, en busca de consejo.

—¡Sigue! —ordenó el

«g-man»

—. También nosotros podemos disparar... ¡No te detengas!

—Son más rápidos que nosotros...

—¡Sigue!

Chu Nai se acercó a ellos. Parecía muy fría. Estuvo mirando las manos de Alice de un modo extraño. Luego, sus ojos se desviaron...

En aquel momento, de la otra lancha brotó un breve fogonazo. Casi simultáneamente, ante la proa de la «Butterfly», a menos de quince yardas, se elevó una blanca columna de agua, enorme... La lancha pasó por entre ella, lanzada a toda velocidad, saltando

ruidosamente sobre el embudo formado. Una nube de agua pulverizada los cubrió a todos, empapándolos. La lancha pareció a punto de volcar, saltando con fuerza...

—¡No veo nada! —gritó Alice—. ¡Samuel, no veo nada...!

El

«g-man»

se pasó la mano por los ojos, enjugando el agua que también lo había cegado. La lancha iba sola, dando fuertes bandazos. Robert Sand gritaba, sin poder contenerse, debido al dolor que notaba de pronto en su pierna herida, tan duramente golpeada contra la borda de la lancha.

Samuel consiguió sujetar la marcha, dominar la embarcación. En menos de medio segundo habían pasado a través del violento surtidor de espuma de agua, como en una fugacísima pesadilla.

La otra lancha los seguía, siempre paralelos a ellos. La voz volvió a oírse:

—Tenemos dos docenas de proyectiles —advirtieron—. Pero no pensamos malgastarlos. Con uno bien dirigido será suficiente. Detengan la lancha o volvemos a disparar.

—Para —gimió Alice—. ¡Samuel, para, te lo suplico! ¡Nos van a matar!

Hilton y Grauman estaban atendiendo a Sand, que conseguía por fin contener sus gemidos de dolor. La pernera izquierda del blanco pantalón empezaba a empaparse de sangre, y el rostro del agente del FBI aparecía blanco como leche.

—No podremos hacer nada, Samuel —dijo Grauman—. Sólo tienen que disparar un par de veces, y nos enviarán al fondo... sólo que hechos pedazos.

Samuel Korvin miró hacia la otra lancha, hosco el gesto. Pero su actitud de nada servía. Su rabia no conseguiría desvanecer la realidad de que, una vez más, habían tenido mala suerte... o el traidor había vuelto a entrar en funciones. El traidor... Ninguno de aquel grupo podía ser, aparentemente. Todos corrían el mismo riesgo, todos habían estado juntos desde antes que se decidiera el plan definitivo para salir de Macao...

¿Quizá el viejo Lin To...?

El agente federal miró desconcertado por toda la lancha, que ya estaba deteniéndose, deslizándose en silencio por las negras aguas.

Lin To no estaba en la lancha. ¡Ni tampoco estaba Chu Nai!

—Tony, ¿qué ha pasado con los chinos?

—No lo sé... No sé nada, Samuel. Cuando cruzamos aquel géiser no pude ver nada.

—En la lancha no están —tembló la voz de Alice—. ¡No están! Oh, Samuel, ¿te das cuenta de lo que esto significa?

—¿Qué crees tú que significa? —Gruñó él.

—¡Saltaron antes por si sus amigos se veían obligados a matarnos a cañonazos!

Korvin no contestó. La lancha se había detenido ya completamente, de modo que optó por acercarse a Robert Sand. Un vistazo a la pierna, ya con la pernera del viejo pantalón blanco pegada a las vendas por medio de la abundante sangre, le estremeció. Ni siquiera podía aferrarse a su instinto de pelear, de no entregarse, porque Robert Sand se iba a desangrar si no ponían un pronto remedio.

Alice crispó sus dos manos en un brazo del federal.

—Samuel, ya vienen...

Efectivamente. La otra lancha se deslizaba ahora lentamente hacia ellos. El foco de intensa luz así lo demostraba. Era lo único que podían ver: un disco brillantísimo, que se iba acercando. Tras ese disco del potente reflector, no podían ver absolutamente nada. En aquella lancha, lo mismo podían llegar dos hombres que veinte o treinta... Más probable esto último. Y, aparte del pequeño lanzagranadas tan temible, tendrían armas de mano, naturalmente...

—Acérquense a la borda y tiren sus armas. Todos. Si encontramos una sola arma a bordo, será peor. Obedezcan.

Solamente Samuel se acercó a la borda y tiró su arma al mar. Los otros tres espías la tiraron, pero continuaron juntos, atendiendo dos de ellos del mejor modo posible a Robert Sand. Korvin oyó tras él la vez nerviosa de Alice...

—Samuel, no encuentro mi bolso...

—No importa eso ahora, Alice.

—¡Tenía la pistola dentro! Si lo encuentran por ahí, creerán que he querido ocultarla...

—Habrás saltado al mar, cuando hemos cruzado aquel embudo de espuma... Y quizá haya ocurrido lo mismo con Chu Nai.

Quizá..., quizá haya caído al agua...

Alice se colocó a su lado, alzando las manos, igual que él.

—¿Estás intentando... consolarte a ti mismo, Samuel? —musitó.

El

«g-man»

no contestó. La otra lancha se había detenido de costado junto a ellos. La intensa luz decreció hasta una sexta potencia, al menos. Samuel se colocó un brazo ante los ojos y pudo ver a varios chinos, pistola en mano, abordando la lancha de Alice. Luego los vio y los oyó, recorriendo velozmente la lancha unos, mientras otros los cacheaban con rápidos y hábiles manotazos.

Luego, uno de los chinos alzó un brazo. Poco después, otro chino, vestido correctamente a la europea, con un impecable traje blanco, camisa, corbata, relucientes zapatos, saltaba a bordo.

—¿Quién de ustedes es Samuel Korvin? —preguntó.

—Yo —dijo Samuel.

—Bien. ¿Será tan amable de entregarnos el microfilm...? Es decir, los dos microfilms, señor Korvin.

—Yo no los tengo.

—Ah... Entonces continúan en poder de sus compañeros. Espero que ellos sean razonables. Comprendo que es fastidioso desperdiciar tanto esfuerzo, pero hay que aceptar las cosas como vienen. ¿El microfilm, americanos?

—Vete a la porra, gorrino —jadeó el herido Robert Sand.

El chino se quedó mirándolo fríamente, con una impasibilidad que no presagiaba nada bueno.

—Quisiera que usted lo entendiese, señor Sand. Llevamos tres días intentando capturarlos. Sabemos quiénes son ustedes..., cada uno de ustedes. Lo sabemos todo. Todo, excepto el lugar donde han estado y dónde tienen los microfilms...

—Pregúnteselo al traidor que les ayuda —sugirió Tony Grauman.

—No será necesario —sonrió el chino, como si su rostro fuese de goma—. ¿Se niegan a entregarnos por sí mismos esos microfilms?

—Usted es un tío listo —ironizó el hombre de la CIA.

—Mi nombre es Fu Wang, y quizá no sea muy listo... Pero más que ustedes. Por última vez, ¿me entregan los microfilms?

Nadie contestó.

Fu Wang dio unas cuantas órdenes en chino y regresó a su gran lancha bien pertrechada de armas. Samuel entendió perfectamente lo que dijo, de modo que cuando media docena de chinos bien armados quedaron en la «Butterfly», vigilándolos, y uno de ellos señaló a Alice los mandos, ya lo sabía todo. Se los llevaban a un lugar donde, sin duda, con más tranquilidad y buenos medios «convincientes», conseguirían apoderarse de los microfilms.

Y la sola idea de lo que unos espías chinos podían inventar para «convencer» a hablar a unos cuantos americanos, puso de punta los cabellos del agente del FBI.

Mala suerte.

CAPÍTULO XII

Primero la lancha de los chinos, y luego la de Alice Penbroke, se detuvieron en una pequeña playa que tenía a un lado un pequeño embarcadero natural, de roca. A su izquierda, lejos, detrás de pequeñas puntas de tierra que penetraban en el mar, se veían reflejadas en el cielo las luces de Macao.

Para cuando les ordenaron desembarcar, Samuel había contado ya diez chinos. Once, contando a Fu Wang. Todos ellos bien armados, vigilantes en todo momento.

Ayudó a Alice a saltar a la roca plana que utilizaban como muelle. Había allí tres barras de hierro clavadas verticalmente, a las cuales amarraron la gran lancha y la «Butterfly».

Mirando tierra adentro, Samuel estuvo seguro de haber visto luces. Pero la vegetación se las ocultó en cuanto uno de los menudos chinos le empujó. Rodeados por todos los chinos, con Fu Wang en cabeza, se dirigieron hacia el interior, dejando atrás la costa rocosa, con pequeñas playas peligrosas, llenas de escollos. Seguían un sendero de tierra que no parecía demasiado transitado. Y no tardando mucho vieron las luces de la casa, ahora con comodidad, sin que quedasen ya ocultas en ningún momento por la vegetación u otro obstáculo cualquiera.

Dos de los chinos se adelantaron, a una orden de Fu Wang. Cuando todos llegaron a la casa, la puerta ya estaba abierta, y los chinos esperaban en el porche. Una casa blanca, de bonito aspecto, grande, con el toque arquitectónico inconfundiblemente portugués. Era evidente que el edificio tenía muchos años, pero había sido convenientemente remozado y reforzado. Lástima. Una buena solución habría sido que el hermoso edificio se derrumbase encima de todos, liquidando el asunto. Aunque, ciertamente, para eso no

valía la pena haberse jugado la vida para conseguir aquellos microfilms...

La casa estaba bien amueblada, muy confortable. Tenía toques chinos, pero prevalecía el romántico estilo portugués, dulzón y amable. Entraron en una estancia grande, que tenía tres ventiladores en el techo, sillones de caña, muchos objetos de arte auténticamente chino y una jaula grande, al fondo, con tres o cuatro monos pequeños, que saltaban y chillaban, peleándose por las golosinas que tiraba dentro de la jaula un personaje que debía ser interesante... Al menos, desde el punto de vista de unos espías americanos.

Los había oído entrar, por supuesto, pero esperó a terminar los manís tostados antes de volverse.

También era chino. Debía tener unos cuarenta años y su aspecto era impecable, con su bien cortado traje azul oscuro, su camisa de fino tergal, corbata de diez dólares, zapatos lustrados. Parecía un auténtico caballero. Su rostro era hermoso, correcto, casi afable, aunque frío, un tanto altanero.

—Mi nombre es Wu Lao Tong —se presentó—. Entiendo que ustedes han optado por hacer las cosas más difíciles de lo normal, caballeros. Les suplico que reconsideren su respuesta.

—La respuesta es la misma —dijo Samuel.

—Créame, señor Korvin, que me hago cargo de su postura. La comprendo muy bien. Realmente, todos estamos haciendo un trabajo... Un trabajo del que, es claro, esperamos unos frutos convenientes. Imagino que usted no va a reprocharme que yo sea un espía a favor de mi patria.

—No.

—Muy amable. Prescindiendo de consideraciones políticas respecto a la China continental y a la China de Formosa, yo creo que mi postura es correcta. Igual que la de ustedes, naturalmente. En general, detesto recurrir a procedimientos antiguos para conseguir lo que quiero, pero, ustedes lo saben, mis antepasados fueron sumamente convincentes con personas reacias a complacerles. Por favor, no me obliguen a utilizar esos métodos. Seamos inteligentes, sensatos, consecuentes.

—Este tío es orador —comentó Tony Grauman.

—Sólo educado, señor... ¿Grauman o Hilton? Sé que el herido es

el señor Sand.

—Yo soy Tony Grauman.

Wu Lao Tong hizo una breve inclinación de cabeza.

—Encantado, señor Grauman. Yo le ruego que prescindamos todos de ironías, bravuconadas, posturas clásicas. El juego es muy serio. Ese microfilm, con movimientos de tropas chinas uniformadas como si fuesen norvietnamitas, no debe llegar jamás a Washington. Espero que lo entienda.

—Lo entiendo muy bien.

—Se lo agradezco. Todos somos espías. Respetémonos y sepamos perder en una jugada. ¿De acuerdo?

Tony Grauman frunció el ceño.

—No vamos a entregarles los microfilms, Lao Tong. Y le diré por qué: ya no los tenemos.

Wu Lao Tong se estremeció ligeramente. Fue una fracción de segundo, pero todos pudieron darse cuenta.

—Espero que eso no sea cierto, señor Grauman. Por el bien de ustedes, lo deseo de todo corazón.

—Ya están rumbo a Washington.

Hubo una ligera crispación en el rostro de Wu Lao Tong. Pero movió la cabeza negativamente.

—No. Sé que eso no es posible, señor Grauman. Ninguno de ustedes ha tenido oportunidad de enviar esos microfilms. Por tanto, los tienen encima. Temo que tendrán que desnudarse completamente... —Miró a Alice Penbroke—. La señora también, desde luego. Lo lamento. Y en el caso de que no se los encontremos encima, será obvio que esos microfilms están en la lancha. Los encontraremos, pueden estar seguros. Fu, llévatelos, y que se desnuden. Dadles algo para cubrirse y traedme sus ropas. De momento, lo haremos así. Más adelante —miró fríamente a los americanos—. Más adelante, ¿quién sabe lo que haremos? Sólo como sugerencia, les diré que la señora Penbroke es muy hermosa... y que yo tengo diez hombres a los que les encantan las americanas rubias y hermosas. Por favor, no me obliguen a eso, señores.

Alice Penbroke abrió mucho los ojos y se mordió los labios. Los cuatro americanos palidecieron, quedando Robert Sand poco menos que con la lividez de la muerte.

Wu Lao Tong hizo un gesto brevísimo, y seis de los chinos, al

mando de Fu Wang, se los llevaron de aquella estancia. Salieron al vestíbulo, y Wang señaló dos de las puertas que daban allí.

—Por separado —dijo en chino—. Los americanos tienen un sentido muy desarrollado del pudor.

Alice Penbroke miró suplicante a Samuel, pero éste apretó las mandíbulas y simuló no haber captado aquella mirada. Vio cómo la empujaban dentro de un cuarto. Luego hicieron lo mismo con ellos. Cuatro de aquellos chinos quedaron con ellos, pistola en mano, sin perderlos de vista.

—Empiecen —ordenó Fu Wang.

Los dejó solos. Los americanos se miraron, y Samuel, tras encoger los hombros, fue el primero en empezar a desnudarse. Las prendas fueron cayendo una sobre otra, formando un montón. Y apenas hacía un par de minutos que estaban desnudos los tres cuando reapareció Fu Wang, que les tiró unas prendas de lino a los pies. Los clásicos pantalones cortos y el blusón de los campesinos chinos. Se quedó mirando con el ceño fruncido los zapatos de los americanos.

—Todo —gruñó—. Descálcense.

Lo recogió todo, ayudado por otro chino, que llegó con las ropas de Alice Penbroke, sonriendo astutamente. Dijo algo en chino a uno de sus compañeros, y todos rieron.

—¿Qué ha dicho, Samuel? —musitó Conrad.

—Nada... Nada, Conrad. No te intereses por ello.

—Yo entiendo un poco de chino —dijo Tony.

—Pues cállate —gruñó Samuel.

Se quedaron bajo la vigilancia de tres de los chinos, poniéndose la indumentaria prestada. Robert Sand, cada vez más débil, se negó a ponerse los pantalones.

—No puedo —gimió—. Os juro que no puedo...

Samuel echó un vistazo al vendaje, completamente empapado en sangre. Se volvió hacia los tres chinos y les pidió algo con que hacer una cura a su compañero, pero toda la respuesta que obtuvo fue tres miradas hoscas y la amenaza adelantada de tres pistolas.

Entre Grauman y Hilton le pusieron los pantalones a Sand, que casi se desvaneció. Lo dejaron luego sentado en el suelo, sudoroso el pálido rostro, jadeante, brillante la mirada. Samuel tomó una de sus muñecas y su rostro se ensombreció al notar la velocidad del pulso.

Miró otra vez a los chinos, pero ya no se molestó en pedir nada.

* * *

Casi media hora más tarde, Fu Wang reapareció, torva la expresión, y les hizo seña de que salieran.

—Vengan —ordenó.

Salieron los cuatro, llevando entre Conrad y Tony a Robert Sand, cuya fiebre los tenía ya definitivamente alarmados. En el vestíbulo vieron a Alice Penbroke, vestida igual que ellos, llevando dos chinos detrás. Se reunieron, en silencio, desalentados.

Cuando de nuevo estuvieron ante Wu Lao Tong, éste señaló las prendas, a sus pies, completamente destrozadas. Incluso los zapatos habían sido despedazados. Todo, absolutamente todo, había sido meticulosamente registrado.

—Según parece —dijo—, los microfilms están en la lancha. ¿Cuál de ustedes querrá ir a buscarlos?

Nadie contestó. Lao Tong tocó con un dedo los objetos que se veían en una bandeja, displicente.

—Encendedor con cámara para microfotos, bolígrafo con linterna, reloj-brújula, ganzúas en uno de los zapatos, balas, monedas, cigarrillos, pañuelos, billetes, pasaportes, microemisor... Nada interesante, en realidad. El microemisor estaba en sus ropas, señor Korvin.

—¿Y qué?

—Pues... En realidad, nada. De haber sabido que éste era el medio que tenía para localizar al pobre Pin O, no habría tenido que dar la orden de que lo matasen. En fin, eso ya pasó. Un hecho lamentable que todos olvidaremos rápidamente. ¿Los microfilms?

Silencio por respuesta.

—Muy bien. Como comprenderán, no estuvimos esperando en el mar a que saliesen del gimnasio y atraparlos sin molestias, para ahora desperdiciar nuestra... ventajosa posición. Han sido demasiadas molestias para que nos demos por vencidos fácilmente. Primero, el herido.

Uno de los chinos se adelantó, y, pillando completamente por sorpresa a los americanos, lanzó un violento puntapié a la pierna herida de Robert Sand, que lanzó un alarido horrible y se desmayó, como fulminado, instantáneamente. Samuel palideció, adelantó un

paso hacia Wu Lao Tong y en el acto una pistola se apoyó en su nuca y otra en su estómago.

—Serénese, señor Korvin —aconsejó gélidamente Lao Tong—. Esto es sólo el principio de lo que puede ocurrir durante esta larga noche... Como veo que su compañero se ha desvanecido, seguiremos adelante con otro de ustedes. Siempre, colocando en primer turno al más débil... La mujer —ordenó.

Alice Penbroke retrocedió, desorbitados los ojos. Se volvió de pronto, dispuesta a echar a correr, pero tropezó con uno de los chinos. Alice lanzó sus manos crispadas hacia el rostro del oriental, dispuesta a sacarle los ojos, pero una violentísima bofetada la derribó, rodando aparatosamente.

—¡No le peguéis! —ordenó Wu Lao Tong—. Es una mujer... Por tanto, tratadla como a tal. Dos de vosotros id con ella al cuarto donde estaba. Y quedaos allí un rato...

Dos chinos asieron a la aturdida muchacha por los brazos y tiraron de ella, arrastrándola. Tony Grauman miró a Samuel con el rostro crispado al oír los gritos de espanto de Alice.

—Samuel... —musitó—. ¿Vale la pena que...?

—Cállate.

—Usted da muy malos consejos, señor Korvin —amonestó Lao Tong—. Y eso me disgusta.

—Váyase al infierno. Y quítese de la cabeza que tendrá esos microfilms, Lao Tong. Llegarán a Estados Unidos.

—¿Eso cree? Oh, sí, entiendo... Eso quiere decir que no están todavía camino de allá, ¿no es cierto? Pero ustedes, con ese absurdo optimismo tan americano, esperan escapar. Al menos, uno o dos, para llevar el microfilm. Es su trabajo, al fin y al cabo. Pero no lo conseguirán.

—Sólo que uno de nosotros escape, usted tendrá motivos para lamentarlo... durante el poco tiempo que le quede de vida.

—Siempre la absurda fanfarronada americana —suspiró Lao Tong—. Me está usted desagradando profundamente, señor Korvin. Demostrádselo.

Cuatro chinos cayeron inmediatamente sobre Samuel. Uno de ellos le golpeó en seguida con su pistola en la cabeza, aturdiéndolo, casi desvaneciéndolo. A partir de entonces, el agente del FBI fue fácil presa para los cuatro hombres, que durante un minuto

angustioso se lo fueron pasando a golpes y puntapiés... Cuando, a una seña de Wu Lao Tong se desentendieron de él, el «g-man»

cayó al suelo como aplastado, como muerto, sangrando por boca, nariz y cejas...

Wu Lao Tong movió pesarosamente la cabeza. Sand continuaba desvanecido también. De modo que miró a Grauman y Hilton.

—A ustedes les concederé media hora para recapacitar. Pero bien atados, de modo que no puedan ayudarse unos a otros. Vayan mirando a sus compañeros y pensando con tranquilidad. Dentro de media hora volveremos a vernos.

Los llevaron a los cuatro al mismo cuarto, arrastrando a Samuel y a Robert Sand. Los ataron a los cuatro, de pies y manos, y sólo un chino se quedó con ellos, pistola en mano, atento a todo, fijos sus ojos como si fuesen de cristal.

Un par de veces, los americanos oyeron los gritos de Alice Penbroke. Luego, durante diez minutos, dejaron de oírlos. Finalmente, la puerta del cuarto se abrió y la muchacha fue lanzada dentro. Cayó al suelo de rodillas, vio los pies del chino vigilante y lanzó un alarido, arrastrándose rápidamente hacia un rincón. Quedó allí, temblando, con los ojos desorbitados perdidos en el vacío. Tenía golpes en la cara, pero, sin duda, no era aquello lo que más dolor le causaba.

El chino la estuvo mirando unos segundos, pero luego volvió a dedicar toda su atención a los americanos. Samuel y Robert Sand continuaban inconscientes.

Tony Grauman miró a la muchacha, que parecía hipnotizada. Pareció que fue a decir algo, pero se mordió los labios y miró a otro sitio. ¿Realmente valía la pena...?

Conrad Hilton también miró a la muchacha, insistentemente. De un modo raro, tenaz, que parecía significar algo. De cuando en cuando, como al descuido, desviaba su mirada desde los ojos de Alice Penbroke hacia el pequeño taburete pintado de negro que había cerca de ella, a un lado de la puerta. Luego miraba con indiferencia al chino. Tony Grauman tardó todavía unos segundos en comprender lo que significaban aquellas miradas, y la esperanza brilló un instante en sus ojos. Sólo un instante, porque comprendió que Alice Penbroke no podría reaccionar, no les comprendería, no

sabría aprovechar la oportunidad. Estaba detrás del chino, que no dejaba de contemplar a uno y otro, inmóvil, como una estatua vieja y amarillenta.

Casi cinco minutos más tarde, la expresión se fue serenando en los ojos de Alice Penbroke. Volvió sus ojos hacia el chino, reluciendo de odio... Pero su mirada fue atraída, como imantada, por la de Tony Grauman, que miró inmediatamente hacia el taburete, y luego desvió la mirada.

Alice Penbroke todavía tardó en comprender. Y esta vez fue Conrad Hilton quien la ayudó, mirando al taburete, luego al chino, luego a ella... La expresión del hombre de la CIA era desalentada, mortecina... Pero los ojos de Alice Penbroke comenzaron a brillar. Miró a Grauman y asintió con la cabeza. Poco a poco, se fue colocando en postura favorable para deslizarse hacia el taburete laqueado. Cuando volvió a asentir con la cabeza, Tony Grauman se encaró de pronto al chino.

—Tú, chino rojo, queremos agua.

El chino pareció sobresaltarse. No entendía el inglés, según parecía.

—Agua —gruñó Tony—. Queremos agua, cochino... ¿Es que no me entiendes?

El chino habló en su idioma, moviendo la pistola. Tony se movió, arrastrándose hacia un lado. El chino le apuntó directamente la pistola, y Tony, en el mismo tono de antes, gruñó:

—Conseguiré que se vuelva completamente de espaldas, Alice... Dele con todas sus fuerzas. Procure...

El chino se acercó, irritado, refunfuñando algo. Tony le escupió a los pies y un destello de furia apareció en los ojos del oriental. Movié un pie, que acertó de lleno la boca de Tony Grauman, revoleándolo hacia atrás... Todo este tiempo fue el que necesitó Alice Penbroke para saltar hacia el taburete, cogerlo con las dos manos, alzarlo sobre la cabeza del chino... y descargarlo con toda la rabia y el odio que sentía, justo cuando su enemigo se volvía, quizá presintiendo algo...

Se oyó un fuerte crujido y el chino cayó de rodillas, como fulminado. Luego cayó de bruces y quedó inmóvil. Alice recogió inmediatamente la pistola, la apuntó a la cabeza del hombre...

—No —jadeó Hilton—. No, Alice, no haga ruido ahora...

Desátenos, pronto. ¡Dese prisa!

Alice se mordió los labios, vaciló... Tuvo que llegar forzosamente a la conclusión de que lo que decía el hombre de la CIA no podía ser más razonable. Dejó la pistola en el suelo y desató lo más de prisa que pudo los pies de Hilton a pesar de que éste le indicaba que primero las manos... Parecía de nuevo como aturrida, desorientada. Estaba desatando las manos cuando fuera del cuarto se oyeron pisadas y voces.

—De prisa... ¡De prisa! —exigió Hilton.

Muy nerviosa, Alice acabó de desatar al espía, que se puso en pie inmediatamente, tras recoger la pistola.

—La ventana —señaló—. ¡Procure abrirla, sea como sea!

No resultó precisamente difícil. Alice alzó el resorte, simplemente, y quedó abierta. Conrad Hilton tiraba nerviosamente de las cuerdas que sujetaban las muñecas de Tony, pero éste las apartó de pronto.

—Marchaos —murmuró—. Marchaos vosotros, Conrad. Ya vienen.

—¡No! O nos vamos todos, o...

—No seas estúpido. Hay que sacar de aquí a Alice y los microfilms... Tú sabes dónde están, Conrad... Huid los dos.

—Vosotros me salvasteis a mí, y no voy...

—¡Van a entrar!

—Tony, no puedo marcharme... ¡No puedo!

—¡Sí puedes! ¡Vete! Conrad, por el amor de Dios, ¡vete! Llevaos los microfilms... ¡Corre!

Afuera se oían cada vez más pisadas, más rumor de hombres, voces en chino. La media hora de plazo estaba agotándose, eso era cierto. De un momento a otro, entrarían a buscarlos a todos.

—Tony... Tony, lo siento...

—Maldito seas —masculló Grauman—. ¿Voy a morir sin conseguir que esos microfilms lleguen a Washington, cochino?

—Adiós... Adiós a los tres...

Alice Penbroke ya había saltado por la ventana. Conrad Hilton, el hombre de la CIA, la siguió rápidamente. No había vigilancia afuera, todo estaba en calma. Lo cual no podía extrañar, ya que Wu Lao Tong debía considerar que tenía bien dominados y vigilados a sus prisioneros.

—Corra —musitó Hilton—. Hacia la lancha, Alice. Vamos a marcharnos en ella con los microfilms. ¡Corra!

CAPÍTULO XIII

Samuel Korvin abrió lentamente los ojos, sin darse cuenta de lo difícil y doloroso que le resultaba. Estaba seguro de haber oído la voz de Tony Grauman, luego voces en chino, pasos precipitados, exclamaciones de enojo...

Cuando por fin pudo separar completamente los párpados, sólo vio unas cuantas manchas ante él. Algunas de las manchas se fueron, otras se quedaron... La visión se fue aclarando, despacio, mientras oía ya de modo claro la voz de Tony. La oía, pero no le entendía...

Finalmente, la visión fue normal. Se quedó mirando a los dos chinos que tenía delante, junto a la puerta. Parecían excitados, más vigilantes aún que antes. Volvió la cabeza y vio el rostro de Tony Grauman, sonriente pese a la ceja partida, a la sangre que le obligaba a cerrar un ojo en un guiño continuo, extraño, grotesco.

—Se han largado, Samuel —dijo alegremente.

—¿Quiénes? —consiguió preguntar roncamente.

—Alice y Conrad. La...

Uno de los chinos se adelantó furiosamente y obligó a callar a Grauman por el expeditivo procedimiento de propinarle dos feroces puntapiés en la boca del estómago justamente. El federal quedó encogido, crispado el rostro. Pero más parecía una sonrisa que una mueca de dolor.

Samuel miró a su alrededor, alarmado. Estaba Tony, también el todavía desvanecido y cada vez más pálido Robert Sand y los dos chinos. Eso era todo. Su rostro se ensombreció. Miró hoscamente a Tony, luego a los dos chinos, y por fin quedó sumido en un sombrío silencio que contrastaba enormemente con la sonrisa crispada de Tony Grauman.

—Se..., se han ido todos detrás de ellos, pero no los... alcanzarán.

Recibió ahora tal golpe en el mismo sitio que casi perdió el conocimiento. Samuel lo miró, siempre con aquella expresión sombría, y quedó cada vez más hermético, más extraña su mueca.

Tony Grauman tardó un par de minutos en poder respirar normalmente. Hacía fuertes aspiraciones hacia el estómago, buscando un alivio al dolor que sentía. Por fin pudo sentarse y mirar a Samuel, que parecía incluso irritado. Grauman fue a hablar, pero miró a los chinos y debió pensar que no valía la pena recibir más golpes.

Fue Samuel el que habló, áspero el tono:

—Estáis locos —gruñó—. ¿Aún no...?

Ahora le tocó el turno a él. Uno de los chinos se adelantó, echó un pie hacia atrás...

Plop.

El oriental saltó hacia atrás, bruscamente, efectuando un fallido salto mortal de espaldas. Cayó de cabeza, trágicamente retorcido. El otro ni siquiera tuvo tiempo de salir de su sorpresa, porque a continuación del primer disparo con silenciador se oyeron dos más, igualmente en la ventana.

Plop... Plop...

El chino se llevó las manos al pecho, soltando la pistola; se quedó un par de segundos en pie, desorbitar los ojos, fijos en la ventana hacia la cual ya estaban mirando Samuel y Tony.

Este último musitó, estupefacto:

—Chu Nai... Pero...

La chinita ya estaba saltando al interior del cuarto. Lanzó un gemidito al ver de lleno el rostro de Samuel.

—Samuel, ¿qué te han...?

—Desátame, Chu Nai. Vamos, vamos...

Algo chascó en la mano izquierda de la muchacha. La hoja de una navaja de resorte brilló un instante antes de dirigirse a las cuerdas. Con varios tajos nerviosos, Chu Nai cortó las cuerdas que amarraban a Samuel Korvin. Éste le quitó en seguida el arma blanca y se apresuró a liberar a Tony. Inmediatamente, al todavía desvanecido Robert Sand, cuya palidez era sobrecogedora.

—¿Podrás con él, Tony? —musitó Samuel.

—Podré —dijo secamente Grauman.

Samuel le ayudó a cargárselo a un hombro. Chu Nai estaba junto a la ventana, dispuesta a salir, pero el federal le hizo una seña negativa, señalando hacia la puerta.

—Por aquí será más cómodo. Y más conveniente.

—Pueden quedar algunos...

—No. Si acaso, nuestro amigo Wu Lao Tong, que es demasiado señorial para andar corriendo por ahí con un arma en la mano. Y a ése quiero verlo.

—Alcanzarán a Conrad y a Alice —dijo Grauman.

—No... Tenemos tiempo. No correrán demasiado. Venid.

Recogió las pistolas de los dos chinos y entregó una a Tony. La otra se la quedó en su mano izquierda, mientras que en la derecha conservó la navaja. A toda costa había que evitar los disparos. Si los oían en la casa, parte de los chinos volverían a toda prisa, y entonces sí que perderían un tiempo precioso.

Salieron del cuarto al vestíbulo. Se oían los chillidos de los monos que Wu Lao Tong tenía en aquella jaula. Samuel abrió la marcha hacia la gran estancia donde, sin duda, Lao Tong esperaba el resultado de su astutísimo plan.

Cuando Samuel apareció en la puerta, el chino estaba vuelto de espaldas, mirando sus manos.

—Lao Tong.

Éste se volvió. Su rostro se crispó fuertemente, los músculos se tensaron... Eso fue todo.

—Señor Korvin —musitó—, mi admiración más sincera. Oh. Pero veo que ha tenido ayuda del exterior.

—Así es. No, Lao Tong..., no se mueva de donde está.

El chino continuó desplazándose hacia la izquierda hablando:

—Supongo que pretende usted llevarme vivo, señor Korvin... Un espía de mi categoría, en la misma Macao, sería una buena fuente de información para los servicios secretos americanos. Aunque...

—Cállese, Lao Tong. Y permanezca quieto: no quiero fallar.

—¿Realmente quiere matarme?

—Le digo que no se mueva...

—Es absurdo lo que usted pretende —sonrió gélidamente el chino—. Su obligación es llevarme vivo, interrogarme...

—Nada de eso. Sé muy bien que una vez muerto usted, el

espionaje chino va a quedar completamente aniquilado en Macao. Es suficiente para mí. Por otra parte, usted no nos diría nada que nosotros ya no sepamos, Lao Tong... ¡Quieto!

El chino saltó hacia una pequeña mesita adosada a la pared, acabando así su maniobra. Sus manos asieron la metralleta que había en la mesita, se volvió velozmente hacia los americanos y la chinita.

Samuel Korvin lanzó la navaja con toda su fuerza, al mismo tiempo que Tony Grauman apretaba el gatillo de su pistola, sin poderse contener. La bala y la navaja llegaron casi a la vez, con una imperceptible ventaja para la bala, que se clavó en el pecho de Wu Lao Tong. Inmediatamente, y antes de que el chino tuviera siquiera tiempo de estremecerse, la navaja se clavó en su garganta. Los ojos del chino giraron velocísimamente un instante. Luego cayó de bruces.

Samuel corrió hacia la metralleta, la recogió tras guardarse la pistola en la cintura de los pantalones chinos, y, por último, con un pie dio la vuelta al cuerpo de Wu Lao Tong. Verdaderamente no se podía estar más muerto.

—Nos vamos —dijo el

«g-man».

Cuando salieron de la casa, Lin To estaba allí, con una pistola en la mano derecha. En la izquierda, un objeto todavía mojado.

—Hacia el mar —musitó—. Han ido todos hacia allí, señor Korvin.

—Lo sé, Lin To. Chu Nai y yo nos adelantaremos. Usted quédese retrasado, con Tony. Tengan cuidado.

Echó a correr hacia el mar, con Chu Nai a su lado...

CAPÍTULO XIV

Conrad Hilton y Alice Penbroke llegaron al pequeño embarcadero natural de roca, jadeando, y saltaron a la lancha. Alice se dirigió inmediatamente a los mandos y dio el encendido. Pero nada ocurrió. Insistió nerviosamente, pero el motor continuó silencioso.

—Algo va mal —jadeó Alice—. ¡No puedo ponerla en marcha!

—¡Inténtelo de nuevo! ¡No pueden tardar mucho en darse cuenta de que hemos escapado! ¡Siga probando!

Alice insistió en darle al encendido, pero, evidentemente, la lancha estaba averiada en algún punto básico de su funcionamiento. Conrad Hilton miraba hacia tierra firme, lista la pistola para disparar a la menor señal de peligro. Pero, aparentemente, todo seguía en calma... Aún no debían haber descubierto su fuga. Con lo cual poseían un margen de tiempo verdaderamente esperanzados.

—¡No responde! —se desesperó Alice—. ¡No puedo, Conrad!

—Déjeme probar a mí. Tenga la pistola... ¡Y vigile bien!

—Sí...

El hombre de la CIA se puso ante los mandos, excitado. Se quedó quieto tres o cuatro segundos, suspiró hondo, y, ya dominados los nervios, probó él. Ni siquiera se oía el sonido zumbante del encendido. Probó tres o cuatro veces más antes de darse por vencido.

—Es inútil —murmuró—. Han debido estropearla a propósito...

—¡Podemos escapar en la de ellos, Conrad! —exclamó Alice—. ¡Vamos ahora mismo!

Conrad asintió con la cabeza. Se dirigió a un punto de la borda, donde se arrodilló. Con mucho cuidado metió un dedo en la ranura, apenas la uña, colocando debajo la otra mano. Primero cayó una pequeña cápsula de plástico opaco. Luego, la segunda.

Se incorporó, volviéndose hacia Alice Penbroke.

—Tengo los microf... ¿Qué está haciendo?

Alice había retrocedido un par de pasos, y le apuntaba con la pistola, directamente al pecho, sin vacilaciones.

—Deje esas cápsulas aislantes en la cubierta, Conrad. Con mucho cuidado.

—Pero..., Alice, yo mismo puedo...

—¿Llevarlos?

—Claro...

—No sea estúpido, Conrad... ¿Aún no lo ha entendido?

—No... Pero creo que empiezo a comprenderlo todo.

—Es usted sumamente listo —dijo Alice fríamente—. Deje las cápsulas en la cubierta. Ahora, Conrad. No me obligue a matarlo para conseguirlas.

—Usted es la traidora del grupo... ¡Usted nos ha estado vendiendo en todo momento!

—En efecto.

—¿Por qué? —Casi gritó el americano—. ¡En nombre del cielo, Alice, ¿por qué?! Usted es americana... ¡No tenía por qué hacer esto en favor de China! No puedo comprenderlo... ¡Me niego a comprenderlo!

—Por dinero, Conrad. Igual que mi marido. Él trabajaba para los chinos, aquí, en la misma China. Estaba metido en el grupo de So Min, simulando trabajar realmente, como americano que era, en favor de la China Nacionalista. Pero trabajaba en realidad para los chinos, que eran los que mejor pagaban. Cuando dos agentes rusos lo mataron hace un par de años, yo seguí con So Min, simulando que lo hacía por venganza... Pero, en realidad, lo estoy haciendo por dinero, igual que lo hizo mi marido. La profesión de espía existe, Conrad, ¿no le parece?

—No puedo creerlo...

—Pues créalo. Tengo ya más de trescientos mil dólares en un Banco japonés, a otro nombre, naturalmente. Cuando llegue a los quinientos mil, me retiraré, a vivir tranquilamente en cualquier hermoso lugar del mundo. ¿No puede comprenderlo? A fin de cuentas, yo sólo soy una pequeña pieza en este mundo del espionaje. No decido nada fundamental en la historia del mundo. Quizá me echaría atrás si supiera que Estados Unidos iba a ser

aniquilada. Pero, realmente, ¿qué importan unos cuantos espías más o menos? No perjudico realmente a mi patria, sino a sus maquinaciones... ¿Qué más da, en mi pequeñez, trabajar para unos o para otros?

—De acuerdo —musitó Conrad Hilton—. De acuerdo, Alice, lo admito y lo comprendo. Ahora, escuche mi trato: los doscientos mil dólares que le faltan los tendrá si colabora conmigo.

—¿Los tendría? —sonrió fríamente Alice.

—La CIA se los pagará. Démonos prisa... Ya no pueden tardar...

—La CIA no me pagaría nada. Me encarcelaría, Conrad. O me ejecutaría, de un modo u otro. No, gracias... No me interesa su oferta. En cuanto a los chinos de Wu Lao Tong, no se preocupe por ellos: hace ya rato que nos están vigilando, pero no se acercarán hasta recibir mi señal.

—Todo estaba preparado... No es cierto que la ultrajasen ni que la golpearan...

—Eso, sí: un poco, al menos. Había que hacerlo bien.

—Todo preparado... Lo de los cuartos distintos, sus gritos en el cuarto donde la tenían... Todo preparado. Y luego, simular que nos ayudaba, golpear al chino aquél... Y, por fin, simular que todos iban ya a entrar, sólo uno de nosotros podía escapar... Y la lancha estropeada. Por lo tanto, había que saltar a la otra, de modo que yo tendría que sacar los microfilms de donde los escondimos Tony y yo...

—Entréguemelos, Conrad.

—Trescientos mil —jadeó Hilton furioso—. ¡Estoy autorizado a ofrecer grandes cantidades cuando el caso lo merece, Alice!

—Si no deja esas cápsulas en cubierta antes de cinco segundos, voy a disparar, Conrad.

—Está bien...

Conrad Hilton se inclinó, al parecer dispuesto a dejar los microfilms, pero, de pronto, inició el salto de cabeza contra Alice Penbroke..., que evidentemente lo estaba esperando. Sólo tuvo que apretar el gatillo, y el hombre de la CIA se enderezó bruscamente lanzando un grito... Dio un par de giros hacia atrás y cayó por la borda. Se oyó el chapoteo de su cuerpo al hundirse en el agua...

Alice se asomó rápidamente a la borda, pero no vio al espía. Disgustada, cogió la linterna y barrió la cubierta con su luz... Pero

no vio los microfilms. Evidentemente, Hilton había caído al agua con ellos, de modo que habría que bucear en busca de las cápsulas herméticas de plástico.

Dirigió la luz tierra adentro e hizo un par de señales. Casi al instante, todos los chinos que antes habían estado en la casa, excepto los dos muertos por Chu Nai, aparecieron por entre la maleza, acercándose a toda prisa.

Y casi al mismo tiempo, a la derecha de ellos, aparecía la silueta de un chino gigantesco... Es decir, parecía chino a juzgar por su indumentaria, pero...

—Samuel —jadeó Alice.

Ciertamente.

Samuel Korvin, metralleta en mano, era quien había aparecido. Y, según todos los indicios, sabía muy bien cómo utilizar aquella arma. Lo hizo en ráfagas cortas, velocísimas, que ahorran proyectiles... Un ahorro muy conveniente para el «g-man».

Parecía tener una brasa alargada en sus manos... O un fogonazo intermitente, rojo y violáceo. Firme sobre los pies, estuvo disparando hasta que ni uno solo de los chinos quedó en pie. Ni siquiera les había dado tiempo a reaccionar...

Luego, con una frialdad que estremeció incluso a Alice Penbroke, efectuó una pasada de plomo sobre los yacentes chinos, hasta que la carga de su arma se agotó. La tiró entonces a un lado, y se volvió hacia la lancha. Cuando empezó a caminar, otras personas aparecieron tras él: Lin To, Tony Grauman llevando en un hombro a Robert Sand...

Alice Penbroke alzó lentamente la pistola. Ya no se podía continuar con aquel juego. Cuando Samuel Korvin estuviese a la distancia conveniente, lo mataría.

Lo iba a matar en cuanto estuviese al alcance de su pistola.

—¿Eres espía? —Oyó tras ella.

Se volvió velozmente, alzando la pistola, pero un golpe fortísimo en la mano se la arrancó, tirándola sobre cubierta... Chu Nai estaba ante ella, completamente empapada, pero con una pistola muy seca en su mano derecha.

—Estás viva...

—Estoy viva, Alice Penbroke, americana traidora... Una sucia

espía traidora... Todo lo malo que a veces hacemos los espías, se justificaría, quizá, si fuese por nuestra patria, nuestros amigos, nuestros hermanos... Pero tú... Tú eres una traidora.

—No dispaes, Chu Nai... Espera...

—Te hice una pregunta: ¿eres espía?

—Sí, pero la...

¡*Pack, pack, pack...*!

Alice Penbroke retrocedió en tres sacudidas hasta la borda, encogida, con las manos en el vientre. Sus riñones golpearon fuertemente en la borda, salió despedida hacia delante, y resbaló sobre la cubierta, como enroscada sobre sí misma. Quedó tendida de lado, muy abiertos los ojos, notando aquel fuego salvaje en su vientre, gimiendo...

Samuel se arrodillaba junto a ella pocos segundos después. La movió cuidadosamente, pero cuando vio los boquetes se mordió los labios y apartó sus manos de ella. Miró a Chu Nai, que estaba impasible, como si ella no tuviera nada que ver con aquello.

—No vivirá ni cinco minutos —susurró Samuel—. En realidad, ya... ya está muerta...

Lin To subió a bordo, después de señalar a Tony Grauman algo junto al casco de la lancha. Grauman subió a toda prisa, dejó a Sand en la cubierta y agarró de un hombro a Korvin.

—Samuel, Conrad está ahí... ¡Ayúdame!

Se descolgaron los dos por la borda, uno a cada lado del hombre de la CIA, cuya mano derecha se crispaba en el reborde de la línea de flotación. Tenía los ojos cerrados y parecía muerto, pero tuvieron que tirar con fuerza de su mano para arrancarla del casco de la lancha.

Los dos federales nadaron hacia el embarcadero, llevando entre ambos a Conrad Hilton. Tony subió el primero, se inclinó hasta poder coger a Hilton por los sobacos, y Samuel subió entonces. Entre los dos lo sacaron del agua y lo llevaron hacia la lancha...

—A la otra, Samuel —dijo Chu Nai—. Ésta tiene avería.

Lo llevaron a la gran lancha de Wu Lao Tong. Luego llevaron a Robert Sand, y, finalmente, a la agonizante Alice Penbroke.

—Busca por ahí dentro, Tony; tiene que haber botiquín. Hay que atender inmediatamente a Bob y a Conrad. Chu Nai: a toda máquina hacia

Hong-Kong.

Nos están esperando.

—Sí, Samuel.

La muchacha se puso a los mandos, y la potente embarcación se alejaba en pocos segundos de aquel trozo de costa donde quedaba un montón de cadáveres chinos.

Tony Grauman reapareció un par de minutos más tarde.

—Hay de todo abajo, Samuel. Podemos hacerles una cura de urgencia nosotros mismos, hasta que en

Hong-Kong

puedan atenderlos debidamente.

—Vamos a bajarlos.

Bajaron a Sand y a Hilton, y Samuel pidió el botiquín. Tony Grauman musitó:

—¿No atendemos a Alice?

—Es inútil, Tony. Quizá ya esté muerta ahora.

—Bien...

Atendieron primero a Conrad Hilton, que tenía un balazo en el lado derecho del pecho, cerca del hombro. Todo lo que pudieron hacer fue taponar la herida, para evitar una mayor pérdida de sangre. Antes de darlo por atendido, Samuel abrió, no sin esfuerzo, la mano izquierda del herido, cerrada con una fuerza increíble. Las dos cápsulas de plástico cayeron al suelo.

—Me lo figuraba —musitó el

«g-man»

—. Lo comprendí en seguida al ver su mano tan fuertemente cerrada.

Tony Grauman recogió las dos cápsulas.

—Hay que admitir —murmuró sombríamente— que también estos chicos de la CIA se esfuerzan por hacer bien las cosas... ¿No?

—Todos hacemos lo posible.

Se ocuparon inmediatamente de Robert Sand, quitándole los pantalones, cortándolos y rasgándolos. Hicieron lo mismo con las vendas, y cuando la pierna quedó al descubierto, los dos

«g-men»

se miraron, pálidos.

—Dios mío —gimió Grauman—. Perderá la pierna.

Samuel la estuvo examinando y limpiando durante algunos

minutos, antes de diagnosticar lo contrario.

—No la perderá, Tony. Solamente le quedaran algunas cicatrices. Pero se pondrá bien... Fue mala suerte engancharse en las ramas de aquel árbol. Pero pudo ser mucho peor. Ayúdame a vendar bien la pierna. Tiene que resistir hasta que lleguemos a Hong-Kong.

CAPÍTULO XV

Chu Nai se volvió hacia Samuel cuando éste, tras examinar a Alice Penbroke, se colocó junto a ella.

—Ha muerto —dijo.

—Está bien.

—¿Cómo lo supiste, Chu Nai?

—¿Que ella era una traidora?

—Sí, eso...

—Se ocupaba demasiado de su bolso. Tú no podías prestar a eso la misma atención que yo, Samuel, porque no eres mujer. Pero yo fui cayendo en la cuenta de que ella jamás dejaba su bolso en ningún sitio. Si tenía que ir de un lado a otro, lo llevaba consigo. Lo abría, parecía buscar esas pequeñas cosas que todas las mujeres llevamos... Pero le prestaba demasiada atención... ¿Quieres verlo?

Korvin asintió, y Chu Nai llamó a su bisabuelo con una seña que indicaba a la vez que entregase al federal el objeto mojado. Era el bolso de Alice Penbroke.

—Cuando comprendí que no podríamos escapar, me acerqué para matarla a ella, Samuel —explicó la chinita—. Pero nos dispararon en aquel momento, y yo cogí su bolso y salté por la borda, con mi abuelo. Los dos somos excelentes nadadores... ¿Lo has encontrado ya?

Samuel Korvin asintió hoscamente. Tony Grauman estaba ahora junto a él, mirando irritado la polvera de Alice Penbroke. Vista por encima, era normal y corriente, más o menos bonita. Vista por debajo, tenía unos diminutos agujeros, quizá una docena... Cuando Samuel desmontó la polvera, dejó al descubierto el pequeño complejo de un emisor instalado bajo la placa de los polvos. Los agujeritos eran su sistema de recepción. La potencia de aquel

emisor no podía ser inferior a veinte o veinticinco millas.

—Por eso lo sabían todo respecto a nosotros —explicó innecesariamente Samuel—. Ella simulaba que cogía un cigarrillo, o cualquier cosa del bolso, y accionaba este emisor. Wu Lao Tong lo oía todo, se enteraba de todo lo que hablábamos, de lo que proyectábamos... Se enteró de que yo podía localizar a uno de sus hombres, pero como no sabía de qué modo me las iba a arreglar, lo hizo matar. Se enteró de que estábamos en un sótano, pero no sabía el lugar exacto. Pudieron esperarnos en el mar, donde nadie podría intervenir... Lo sabían todo en todo momento...

—Incluso nuestra llegada en la avioneta de Joao Limoes —gruñó Grauman.

—Por supuesto. So Min confiaba en Alice, pero quizá no hasta el extremo de decirle luego dónde había escondido a los tres americanos. So Min, sabiendo que tenía un traidor, ya no quiso confiar en nadie. Y Alice comprendió que el único modo de saber dónde estabais vosotros era colaborar con So Min, reunirnos, y luego dejar que la lleváramos al escondrijo. La cosa se le puso fea cuando So Min murió... accidentalmente.

—Yo lo siento más que nadie —musitó Chu Nai—. Pero las evidencias, las pruebas...

—No hay que estar nunca tan seguro de las cosas, Chu Nai. ¿Y tu lancha?

—Escondida en la costa... Mañana volveré a por ella desde Hong-Kong.

—Un momento —masculló Tony—. ¿Cómo pudiste encontrar la casa de Wu Lao Tong?

—Utilizando el receptor de Samuel, que estaba en mi lancha. Lo puse en funciones, recibí la señal y me fui acercando... No fue difícil.

—Vaya —sonrió torcidamente Samuel—. Parece que Wu Lao Tong no debió despreciar mis pequeños aparatitos, ¿no es cierto? Lo has hecho muy bien, Chu Nai..., excepto una cosa.

—¿Qué cosa?

—Matar a Atice Penbroke. Te precipitaste.

Chu Nai lo miró con los ojos abiertos por el asombro.

—Ella iba a matarte a ti, Samuel... Pero es que, además, ella contestó afirmativamente a mi pregunta, con todas sus

consecuencias.

—¿Qué pregunta?

—La que tú me enseñaste: ¿eres espía?

ESTE ES EL FINAL

Amanecía ya cuando Samuel Korvin regresó a la gran lancha que había pertenecido a Wu Lao Tong. Saltó a la cubierta, y sonrió cuando Chu Nai se acercó inmediatamente a él, dejando caer la manta. Según parecía, había estado esperándolo, sin dormir, soportando el fresco de la noche en cubierta.

—Todo está bien, Chu Nai.

—Menos tu cara —sonrió ella—. Te la han... remendado, pero debe dolerte mucho...

—Un poco —admitió Samuel, que parecía un payaso con tantos parches por la cara—. Pero eso ya no importa. Nosotros..., los cuatro americanos que hemos intervenido en esto, queremos hacerte un obsequio.

—¿Un obsequio?

Samuel asintió con la cabeza. Le entregó una de las pequeñas cápsulas de plástico, conteniendo uno de los microfilms.

—Para ti y tu China Nacionalista —musitó.

—¿Me regaláis un microfilm por el que os habéis jugado la vida, Samuel?

—Tú nos la salvaste, en realidad, Chu Nai. Nosotros nos arreglaremos con una copia. Y queremos que tú demuestres a tus amigos que sabes trabajar, que luchas por tu patria, a tu manera, según tus fuerzas. No es justo que sólo nosotros disfrutemos del éxito. Además, dentro de pocos días, docenas de copias de este microfilm estarán circulando por el mundo, para que se sepa lo que ocurre en Vietnam.

—Entiendo... Te agradezco tu consideración conmigo, Samuel.

—No hay por qué. Bien... Creo que esto es todo. Adiós...

Chu Nai se abrazó a él, de pronto, gimiendo.

—Samuel..., Samuel, yo te quiero, te quiero, te...

—Lo sé —la apartó de él—. Pero tengo que regresar a Estados Unidos, Chu Nai. Y tú dijiste que jamás te alejarías de China. Por mi parte, también me debo a mi trabajo y a mi patria. Estoy seguro de que lo comprendes.

—¿No volveremos... a vernos?

Samuel la besó breve y suavemente en los labios.

—¿Quién dice eso? —sonrió luego—. Yo siempre ando por estos andurriales asiáticos, jovencita. Seguramente, dentro de poco, tú y yo tendremos ocasión de practicar algún juego donde no sea necesario preguntar: ¿eres espía?

FIN

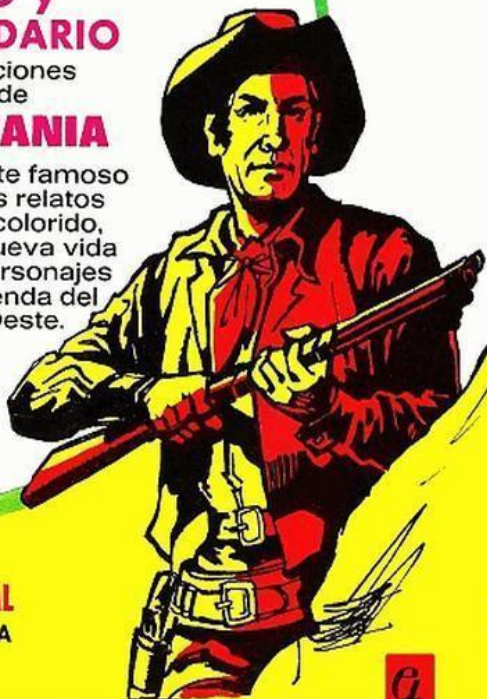
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...